

*Estudios sobre el teatro de Lope de Vega. Crónicas y
leyendas dramáticas de España. T. 1*

Índice:

LA AMISTAD PAGADA

COMEDIA DE BAMBA

EL ÚLTIMO GODO

LAS DONCELLAS DE SIMANCAS

LOS PRADOS DE LEÓN

LAS FAMOSAS ASTURIANAS

LAS MOCEDADES DE BERNARDO DEL CARPIO

EL CASAMIENTO EN LA MUERTE

LOS TELLOS DE MENESES (PRIMERA Y SEGUNDA PARTE)

LOS JUECES DE CASTILLA

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ

EL BASTARDO MUDARRA

LOS BENAVIDES

EL VAQUERO DE MORAÑA

EL TESTIMONIO VENGADO

EL LABRADOR VENTUROSO

EL PRIMER REY DE CASTILLA

LAS ALMENAS DE TORO

EL PRÍNCIPE DESPEÑADO

EL HIJO POR ENGAÑO Y TOMA DE TOLEDO

LA VARONA CASTELLANA

LA CAMPANA DE ARAGÓN

ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA — III : CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

[p. 7] I.—LA AMISTAD PAGADA [1]

Publicóse en la *Primera parte de las comedias de Lope* (Valencia, 1604), reimprimas hasta nueve veces aquel mismo año, y en los de 1605, 1607, 1609, 1619, 1624, en Valladolid, Madrid, Zaragoza, Amberes y Milán, ediciones que en nada mejoran el texto, bien incorrecto, de la primitiva: antes suelen engalanarle con nuevas erratas. Es digno de notarse que Lope, en la primera lista de *El Peregrino en su patria*, impreso aquel mismo año de 1604 en Sevilla, no mencione esta comedia; a pesar de lo cual nadie ha dudado de su autenticidad, que Lope mismo tácitamente confirmó, reconociendo como suyas, aunque adulteradas y mal impresas, las comedias que van en las ocho partes primeras de su teatro, y poniendo el número *nueve* a la primera que él imprimió por su cuenta. Hay un extracto francés de *La Amistad pagada* en el libro de Du Perron de Castera, *Extraits de plusieurs pièces du théâtre espagnol; avec des réflexions et la traduction des endroits les plus remarquables*. (París, 1738, t. III, págs. 1-52.)

Encontró Lope el argumento de esta comedia en el curioso y no despreciable poema histórico del leonés Pedro de la Vezilla, [p. 8] Castellanos, que lleva por título *Primera y segunda parte del León de España* (Salamanca, por Juan Fernández, 1586). [1] Esta obra, que en su tiempo recibió cierta sanción oficial, siendo recomendada por los procuradores en Cortes de la ciudad de León, que obtuvieron el privilegio para que se imprimiera, es una recopilación de tradiciones, en su mayor parte fabulosas, relativas a aquella nobilísima capital y a sus antigüedades gentílicas y cristianas. Sirven de apoyo a una gran parte de la narración del poema, ciertas inscripciones apócrifas, de que nos informa el autor en estos términos:

«En Valdecésar, que es en la encartación de Curueño, cinco leguas de la ciudad de León, se halla y están estas letras, no en lisos mármoles entalladas, sino en la dureza de tres peñas, como aquí se muestra. Parescióme ser justo ponerlas en este lugar, así por no hazer agravio a su antigüedad, como por el origen y motivo que me dieron para la historia de Curieno, fuera de la tradición que della hay:

»*Arvas Romanus dedit incendium Castello Curieni rebellis Hisp.*

»*Polma desponsata viro Canioseco Ra-Curie.*

»*Curienus superbus Hisp. victor fuit Centurio—Legio—Traia—Tribuno Fortunato Imp. Maxi. et Diocle. Caes.*»

Por de contado que nadie admite hoy la autenticidad de estos epígrafes. El P. Risco no se dignó siquiera hacer mérito de ellos ni en los tres tomos que dedicó a León en la *España Sagrada*, ni en la historia que luego escribió, por separado, de aquella ciudad y reino. Tampoco figuran en la magna colección de Hübner, ni en la curiosa monografía del P. Fita, descubridor afortunado de las elegantes inscripciones métricas del ara de Diana, y de otros genuinos monumentos de la romana *Legio Septima* [p. 9] Gemina; aunque este último erudito emprende de propósito la refutación de otras

especies fabulosas contenidas en el poema de Pedro de la Vezilla, y que de él pasaron a Fr. Atanasio de Lobera y otros cronistas leoneses.

Como *El León de España* es libro que con dificultad se puede adquirir, me parece conveniente dar un breve extracto de su contenido, en aquella parte en que tiene relación con la comedia de Lope.

Trata el canto I «de lo que Los Romanos hicieron contra la rebelión y mudanza de los Españoles, junto con la destrucción de la famosa ciudad de Sublancia Flor y la espantosa visión que vieron los que la destruyeron» [1]. Pero el héroe del poema, que lo es también de *La Amistad pagada*, no aparece hasta el canto II, en que se habla «de la fundación de la Real ciudad de León por los soldados romanos, que destruyeron la antigua ciudad de Sublancia Flor, con algunas cosas particulares que en esta fundación sucedieron: y de la suerte que un bravo español, llamado Curieno, se levantó en las montañas de León y comenzó a alterallas, y en qué tiempo». El autor le presenta en estos términos:

Llamábase el fortísimo Curieno,
De feroz condición, hombre insolente,
En cuyo bravo y furibundo seno,
No halló lugar el miedo eternamente:
Ora corriese el tiempo, malo o bueno,
O se viese con mucha o poca gente,
Su osado corazón y brazo fuerte
No parecía temer fortuna o muerte.

Un centurion se pone en marcha contra Curieno:

Siete leguas o más se había emboscado
Por tierra extrañamente montuosa,
Mas ni señal ni nuevas ha encontrado

[p. 10] Del homicida que turballes osa,
Cuando junto un peñasco levantado
Halló en una contienda peligrosa
Dos montañeses entre aquellos cerros
Jugando lanzas de azerados hierros.

Mas, casi al mismo tiempo, el uno dellos
Cayó en el suelo con funesta guerra;
Bate los pies, sin punto detenellos,
El que venció, por la encumbrada sierra.

.....

Llegándose al que allí quedó tendido,
Por ver si ha rematado su ventura,
Vióle estar en el negro humor teñido
Y dél cubierta aquella tierra dura.
Pregúntale quién es y quién le ha herido,
Y en cuanto le es posible, allí procura

La sangre restañar, y él con agudo
Dolor, responde lo mejor que pudo:
«Detrás de aquellos riscos levantados
Vive una gente poco frecuentada,
Que es (al común dezir de los pasados),
De antiguos españoles derivada,
Que en las largas revueltas de los hados
Nunca del todo ha sido destrozada,
Y en pequeños lugares divididos
Viven de sus ganados mantenidos.»
.....

Prosigue refiriendo el herido que, en las fiestas del casamiento de su hermana Polma con el gentil Canioseco,

Mozo dispuesto, de alto pensamiento,
Señalado en esfuerzo y valentía,

sobrevino el pérfido Curieno y robó a la desposada.

«Canto III, que trata de la suerte que el Centurión que fué contra los Montañeses Españoles se perdió con sus cien caballos, y la dura batalla que entre Canioseco y Curieno hubo, y el fin della, y la concordia destos dos españoles, con otras cosas que sucedieron hasta la libertad de Polma.»

[p. 11] Cuarenta montañeses, puestos por Curieno en emboscada, derrotan al centurión, que logra escaparse herido. En medio de su victoria, sorprende a Curieno la aparición de Canioseco, que viene a desafiarle por el robo de su novia.

Un valeroso joven bien dispuesto,
Que armado de un manchado tigre estaba,
Alto de cuerpo y de un hermoso gesto,
Que el polvo y el sudor se lo afeaba,
Con el escudo al cuello y brazo puesto,
Y lanza que su diestra blandecía,
Se le puso delante, y le detiene
El impetu furioso con que viene.
.....

Cual sendos ríos que al pasar furiosos,
Se encuentran en un paso juntamente.
Y raudos se revuelven presurosos
Con los hinchados senos frente a frente,
Que resuenan y braman espumosos,
Herviendo y reforzando la corriente,
Cada qual procurando en la revuelta
Llevar al otro con la rienda suelta;

Tales se envuelven en contienda cruda
Moviendo sus espadas, y encontrados,
Gimen, alientan, y la frente suda
Al recibir los golpes reforzados;
Ambos porfían, nadie el paso muda,
Aunque son grandemente atormentados;
Que igualmente su fuerza los detiene,
Y el valor de las armas se mantiene.

Con el terrible golpear primero
No se dió más lugar que a deshacerse
El grueso tigre y el templado acero,
Y con esto la sangre aparecense...

El canto termina haciendo las paces Canioseco y Curieno, que generosamente le entrega a la robada Polma.

«Canto IV. De lo que ordenó Fortunato contra el famoso español Curieno: y cómo se juntaron Las legiones de la provincia de Galicia a celebrar la fiesta y nacimiento de sus Emperadores [p. 12] Diocleciano y Maximiano, con los ejercicios que antes deste día hizieron los Romanos: y de las cosas que en ellos sucedieron.»

Sigue la descripción de los juegos, imitada del lib. V de la *Eneida* . Es uno de los mejores trozos del poema, especialmente el episodio de la lucha entre Zuyquemio y el lusitano Veriso.

En el canto V «se acaban las comenzadas fiestas y regocijos y se da principio (con particular contento de todos los Romanos) a la solemnidad y culto con que celebraron y honraron sus embajadores Diocleciano y Maximiano, y de lo que sucedió antes que se acabase».

En el canto VI, el centurión cristiano San Marcelo se levanta a contradecir la superstición de los paganos, y es preso y conducido a la ciudad de León.

En el VII, los dos valientes montañeses Curieno y Canioseco pasan el río, y dan en los romanos, que estaban durmiendo.

Los cuales con la sombra caminando
El espumoso río atravesaron,
Y con gran brío y ánimo llegando
Donde sus corazones dessearon,
Sin que sentidos fuessen, hasta cuando
Con denuedo bravísimo cerraron
Por do estaba más gente amontonada
En sueño dulce y vino sepultada.

Cual dos fieros leones que arremeten
Por manada de ovejas descuidadas
En el humilde aprisco, do se meten

Para ser de los vientos amparadas,
Que pisando por ellas se entremeten,
Y aquí muertas y allí despedazadas,
Las dexan y revuelven por el suelo,
Con balidos rompiendo el aire y cielo;
Tales entraron ambos, cuidadosos
De hazer en competencia obras iguales;
Revolviendo los brazos poderosos,
Con rabia muestran brios infernales,
Que a todas partes andan rigurosos,
Abriendo en los Romanos manantiales

[p. 13] De sangre que, vertida, los convierte
De la fingida en verdadera muerte.

Otros, heridos, se alzan y caminan,
Sin advertir que en roxo humor se esmaltan;
Otros, al levantarse se reclinan,
Y el alma a un tiempo y las palabras faltan;
Otros, al ruido y voces se amotinan,
Y bravos con las fieras armas saltan,
Y haziendo vienen un confuso estruendo
A do el estrago atroz se va siguiendo.

.....

Canioseco mata al valiente romano Latardo, pero sale mal herido del combate. La bella Polma, que andaba huyendo de los romanos después de la quema e incendio del castillo de Curieno por el capitán Arvas, sobreviene muy oportunamente para curar las llagas de su marido.

Acude a él, sintiendo temerosa
Sus llagas, y la sangre que derrama;
Alza las hebras de oro, y lacrimosa
El sol mostró del que la estima y ama:
Con ojos tiernos y alma congojosa
Lanzó la voz del pecho, que se inflama
Y huela todo junto, y suspirando,
Así su sentimiento va intimando:
«¡Negra fortuna, turbulento día
El que Curieno a nuestras bodas vino,
Pues se abrió puerta en la desdicha mía
Y a la tranquilidad cerró el camino:
Anoche vi el castillo que se ardía
Después que me libré, por buen destino,
Y el día de hoy, según mi bien te veo,
No sé si muerto o vivo te poseo!»

.....

Esto diciendo, su pasión la ciega,

Y el alma estrecha, y turba los sentidos
De Canioseco, que con sangre riega
Los peñascos, que della van teñidos:
El qual, confuso, para sí la llega,

[p. 14] Deteniendo en su pecho los gemidos
Por no doblar con su dolor su pena,
Y así le respondió con voz serena:

.....
«No siento yo la sangre que derramo,
Que el nombre de victoria al dolor priva,
Y lleva a merescer el verde ramo,
Que los trabajos a mis pies derriba;
El verte, lumbre de la vida que amo,
Más que la propia por milagro viva,
Me rompe el corazón, las manos me ata;
Que tu peligro es sólo el que me mata.»

El canto VIII se refiere únicamente al martirio del centurión San Marcelo, y el canto IX al de sus hijos en Córdoba y al de sus hermanos en Mérida. Prosiguen durante dos cantos más las historias de mártires (Santos Facundo y Primitivo, Santos Emeterio y Celedonio, etc.), y sólo en el canto XII se reanuda la ficción épica.

«De lo que hizo Curieno en llegando al castillo que Arvas le había quemado, y de la gente que contra él envió el presidente Deogiano, contra la qual se señala un solo español valentísimamente.»

Es notable la descripción de este bárbaro español, llamado Hermio:

Así este Montañes la muestra hizo
Con lanza corta y dardo arrojadizo
Y con pierna nerviosa descubierta,
Y el pie cubierto de velloso cuero,
Estaba la cerviz tostada y yerta,
La barba negra y el semblante fiero,
Armado el cuerpo de una cuera abierta
De un ante duro más que fino acero,
Y dello en la cabeza la celada,
Con cabellera larga y mal peynada...

Descríbense luego un brevísimo reencuentro que Curieno y los suyos tuvieron con los romanos, y un tierno coloquio que [p. 15] entre Polma y Canioseco pasó cuando éste, ya restablecido de sus heridas, partía a socorrer a Curieno.

En el canto XIII. Canioseco, Curieno, Hermio y sus montañeses, caen en una celada que les tenían dispuesta los romanos, y sucumben al número y al ardid de sus enemigos, después de haber hecho en

ellos espantosa carnicería.

Véanse las valientes octavas en que se refiere la muerte de Canioseco.

Y así cansado se metió en el río,
Cual suele el fiero jabalí llagado,
Cuando de los monteros, con más brío,
Es, y bravos sabuessos, acosado.
Y así cercado, sin hazer desvío,
Le oprimen y fatigan, y el cuytado
Anda y revuelve aquí y allí acudiendo,
Los corvados colmillos rebatiendo:
Tal, Canioseco, en tan furioso estrecho,
Viendo se aprieta el enemigo bando,
Sin que un punto el temor le ocupe el pecho,
A todas partes muerte executando,
Hasta que en tierra con feroz despecho
Quedó, en el agua y sangre el pie estampando,
Desde pies a cabeza todo herido,
Rotas las armas y el morrión partido...

En un descomunal combate, se matan recíprocamente el romano Rolando y el montañés Curieno:

Dejó al fuerte Curieno allí tendido
En el fosso de muertos ya tupido.
.....
Y así su valentía y buena suerte
Y su soberbia y bríos se acabaron:
Y por memoria de este varón fuerte,
El valle do sus huessos se olvidaron
Cubiertos de mortal eterno sueño,
Se llama hoy día el valle de Curueño.

No carece de poético atrevimiento el llanto conyugal que hace Polma sobre el cadáver de Canioseco, levantándose luego [p. 16] como una brava leona para matar al romano Veriso; después de lo cual, arrebatada de furor profético, desata la voz para anunciar fatídicamente la caída del Imperio romano, la invasión de los bárbaros, la ruina de la Monarquía visigoda, la conquista mahometana, la restauración de España, y especialmente la de la ciudad de León. Los romanos, cansados de tan prolija arenga, que ocupa más de un canto, matan a la profetisa.

Hasta aquí la primera parte de *El León de España*: de la segunda, que empieza en el canto XX, daremos razón al ilustrar otra comedia de Lope: *Las famosas asturianas*.

Dígase de buena fe si un poema escrito con la pureza y el brío de dicción que resaltan en los fragmentos transcritos, merece el desdén con que hasta ahora ha sido tratado por los historiadores de

nuestra literatura, que probablemente no le habrían leído, como sucede con tantas obras análogas.

Lope de Vega, que lo leía todo, tomó de *El León de España* el nombre de Curieno, el hecho fabuloso de su rebelión, el asalto del campamento romano por los montañeses después de las fiestas, y puso de su cosecha la parte realmente dramática, es decir, la bizarra competencia de generosidad entre el español y el romano, la rivalidad de amor de los dos cónsules por la hermosa cautiva Claudia, el sacrificio que Curieno hace a la amistad entregando a su propio hijo, el que hace Furio entregando a su amada y perdiendo la razón de resultas de tan espantoso trance, el peligro inminente en que Claudia queda de ser inmolada, y la oportuna intervención de Curieno, que la liberta cuando ya tenía el cuchillo en la garganta. Todos estos ingeniosos recursos cobran más valor cuando se considera que esta pieza, a juzgar por su estructura métrica y por todos los indicios, debe de ser de las más antiguas de Lope. El estilo es muy descuidado: la primera jornada está mejor escrita y versificada que las otras dos.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 7]. [1] . *Nota del colector* .—«Comienza en este tomo, dice Menéndez Pelayo, el riquísimo caudal de las comedias de Lope de Vega, referentes a asuntos de la historia patria. El presente volumen contiene catorce piezas, que hemos colocado por orden cronológico de sus argumentos, y que alcanzan hasta el reinado de Don Sancho *el Mayor* ». Continúa el mismo orden cronológico en esta edición, pero la distribución en volúmenes es diferente. Véase lo que decimos en nuestra advertencia.

[p. 8]. [1] . Poema en octavas y en 29 cantos, dividido en dos partes, separadas por un segundo frontis, pero con foliatura seguida. Catorce hojas preliminares, dos de las cuales contienen las falsas inscripciones de Valdecésar; 369 folios, con más cinco de tabla y uno de enmiendas. Es libro bastante raro. Cervantes le puso en la biblioteca de Don Quijote.

[p. 9]. [1] . *Epigrafía de la ciudad de León, por el Revdo. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, catedrático de Exégesis bíblica y Lenguas orientales en el colegio de San Marcos de León... León, 1866, imp. y lit. de Manuel G. Redondo.*

ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA — III : CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

[p. 17] II.—COMEDIA DE BAMBA

Con el título de *El Rey Bamba* está citada en la primera lista de *El Peregrino*. Fué impresa aquel mismo año (1604) en la *Parte primera* de Lope. Ha sido extractada en francés por Perron du Castera, [1] y traducida al alemán por Mauricio Rapp [2] y por Francisco Lorinser. [3]

A esta comedia debía preceder, en orden cronológico, la de *El Capellán de la Virgen, San Ildefonso*, cuya acción pasa en el reinado de Recesvinto, y se enlaza con las primeras escenas de ésta; pero, por su carácter religioso, hemos preferido ponerla entre las comedias de santos.

Vamba es el único de los reyes godos anteriores a Don Rodrigo que tiene una leyenda, aunque no más que embrionaria, y que sale del severo cuadro oficial y eclesiástico en que han llegado a nosotros las fisonomías de aquellos monarcas. Esta leyenda fué muy tardía, y nada popular en su formación, aunque algo influyese en ella el prestigio tradicional que en los siglos de la Reconquista debió de acompañar el nombre del valeroso soldado que intentó detener con mano fuerte la decadencia militar del pueblo visigodo, ahogó los gérmenes de la insurrección en la Galia Narbonense y desbarató la primera invasión de los árabes, abrasando sus bajeles. Si al recuerdo de su espléndida victoria de Nimes y de las demás hazañas suyas, últimas de que la monarquía toledana pudo gloriarse, y que tanto contrastaban [p. 18] con los desastres posteriores, se añaden las singulares circunstancias que en su elección intervinieron, su resistencia a aceptar la corona, que fué preciso vencer con amenazas de muerte; y, finalmente, el modo no menos peregrino con que descendió del solio por la traición de Ervigio, se verá que en la historia misma estaba dado el fondo de la leyenda, como generalmente sucede. Esta historia, o a lo menos la parte más importante y gloriosa de ella, fué escrita en los mismos días del Rey por el metropolitano de Toledo, San Julián, en un libro que es único de su género en la literatura hispano-visigótica, y que tiene muy pocos similares en toda la literatura latino-eclesiástica del siglo VII. Tal es la *Historia Rebellionis Pauli aduersus Wambam*, [1] en que su autor, abandonando la árida forma del cronicón, seguida uniformemente por sus predecesores, procura vaciar la narración histórica en moldes clásicos (el de Salustio entre los antiguos, el de Severo Sulpicio en la literatura cristiana), y darle la animación y el color de la vida, explayándose en descripciones y arengas, multiplicando los detalles y agrupándolos con arte, haciendo alarde a veces de una elocuencia panegírica y apasionada: todo ello con cierto arte de composición y relativa pureza de latinidad, que son admirables para su tiempo.

Los cronistas asturianos conocieron y aprovecharon esta historia. Alfonso *el Magno*, o quienquiera que sea el autor del *Cronicón* que generalmente corre con nombre de Sebastián, Obispo de Salamanca, le cita expresamente, hablando de Vamba: «*Beatum Julianum Metropolitanum legito, qui historiam hujus temporis liquidissime contexit.*» Don Lucas de Túy la intercaló en su *Chronicon Mundi*, pero alterándola a su modo, con supresiones e interpolaciones que en gran parte desnaturalizan el texto genuino. [2] San Julián, por ejemplo, no dice que Vamba fuera [p. 19] de la sangre real de los godos, ni hay motivo alguno para afirmarlo: las palabras *de regali sanguine ortus* son adición del Tudense. Pero de las fábulas posteriores no hay rastro en estas interpolaciones del

Tudense, ni tampoco en los doce primeros capítulos del lib. III *De Rebus Hispaniæ*, del arzobispo D. Rodrigo, que sigue a su antecesor San Julián muy fielmente hasta donde su relato alcanza, y le completa para los años posteriores con noticias tomadas del Pacense y del Cronicón, de Alfonso *el Magno*. Los únicos pormenores de carácter maravilloso que todos ellos consignan, estaban ya en el libro del metropolitano, aquel «vapor de humo a modo de columna» que se levantó sobre la cabeza del Rey en el momento en que era ungido, y la abeja que voló hacia arriba y fué tenida como feliz pronóstico de su destino. [1] El gran documento apócrifo que D. Lucas trae y don Rodrigo omite, la falsa división de obispados atribuída a Vamba en un supuesto concilio, pertenece a otro género de ficciones interesadas, y fué fraguado en el siglo XII, quizá valiéndose de fragmentos geográficos antiguos, por el Obispo de Oviedo, don Pelayo, gran corruptor de los primitivos monumentos de nuestra historia. [2]

Los redactores de la *Crónica general*, [3] que alardeaban de seguir con predilección «las historias aprobadas que los sabios antiguos escribieron», copiaron a D. Rodrigo y a D. Lucas, sin omitir la famosa ithación de Vamba, pero sin dar el menor indicio [p. 20] de que en el siglo XIII existieran tradiciones poéticas acerca de este Rey.

El primer autor en quien las he visto, y de quien seguramente las tomó Lope, es el arcipreste de Santibáñez, Diego Rodríguez de Almela, natural de Murcia, fecundo compilador histórico del tiempo de la Reina Católica, capellán y cronista suyo. Almela, pues, en el popular libro que ordenó con el título de *Valerio de las Historias Escolásticas y de España*, recopilando al modo de Valerio Máximo gran número de hechos y dichos memorables, y entre ellos muchas anécdotas de la historia nacional, trae en el lib. III, tít. IV, que trata *de aquellos que nacidos de baxo lugar fueron fechos claros y nobles*, un capítulo entero, que es el IV, sobre el Rey Vamba. Su contexto es el siguiente:

«Como el muy esforzado Rey Don Recesundo de España sin fijos adultos falleciese, sino a Don Theodofredo, que era niño de un año, no se acordaron los Godos a quién farían Rey, y enviaron al Papa su embaxada, en que le pedían y rogaban, como a Sancto Padre, amator de la congregación y unidad de los fieles, que rogasse a Dios que les diese buen Rey, y catholico, y pertenesciente para los regir: y para esto le enviaban en escripto los nombres de algunos entrellos que les parecían entresí más idóneos para reynar, y que aquel que enviase decir que fuesse Rey, que a ese rescibirían. Y el Sancto Padre, quando vió su embaxada tan homildosa y de tanta devoción en le encomendar en sus oraciones tan gran fecho, pessóle por no se sentir suficiente; pero fizo sus vigiliyas y oraciones a Dios que por su merced y honra de la Sancta Fe quisiesse mostrar quál le plascía que fuesse Rey en España. Y al Papa fué revelado de parte de Dios que un hombre que vivía en las partes más baxas de España contra el Mar, que avía nombre Bamba, que aquél sería Rey de España: y mandó luego el Papa a los Embaxadores que tornassen para su tierra, y que a este hombre tomassen por su Rey, cá a Dios plascía que lo fuesse, y que era labrador, y quando lo hallasen que lo hallarían labrando con un buey blanco y otro bermejo, e con esto se tornaron a España. Y luego que fueron [p. 21] venidos, se ayuntaron todos los Perlados y Grandes del Reyno, y visto lo quel Papa enviaba a decir, acordaron de buscar aquel hombre. Los mensajeros fueron repartidos por muchas partes, e uno de ellos yendo cerca de un lugar que es en Portugal, que ha nombre Ircana la Vieja, [1] oyeron decir de un cassar una voz de una mujer que decía: *Bamba, dexad los bueyes y venid a comer*. Y ellos, como oyeron aqueste nombre, y le viessen andar labrando con los bueyes, que eran tales como el Papa dixera, fueron para él, y por ser más ciertos, preguntáronle que cómo avía nombre, y él les dixo que Bamba; y luego

creyeron que aquél era el que andaban a buscar. E descendieron dos caballeros, y hiciéronle gran reverencia, tal como entonces era debida a los Reyes, y contáronle lo porque eran venidos. E quando Bamba vió y oyó lo que decían, pensó, o que aquello era sueño, o phantasma, y díxoles: *Amigos, si vos soys humanales, y no phantasmas, bien devedes entender que las grandes caballerías y fazañas que la muy noble gente de los Godos siempre fizieron, no fueron con tales Reyes como yo.* Entonces hincó la vara que tenía en la mano con que guiaba los bueyes, en tierra que labraba, y dixo: Quando esta [p. 22] vara toviere hojas y fructo, entonces seré yo Rey de Los Godos . E luego que esto ovo dicho, fué la vara verde con hojas y fructo. E quando él y los otros que con él estaban vieron esto, fueron muy espantados, y dixerón que era milagro de Dios. E Bamba hincó los hinojos en tierra, y dió muchas gracias a Dios, y fueron con él a Toledo, y allí lo alzaron por Rey, y el Arzobispo Don Quiricio lo consagró y ungió, según la costumbre de entonces.» [1]

[p. 23] Como se ve, esta leyenda ha sido compaginada a retazos. La embajada al Papa es idea tomada del preámbulo del apócrifo [p. 24] Fuero de Sobrarbe; la elección de Vamba cuando araba con sus bueyes recuerda la de Saúl, en el lib. I de los *Reyes*, cuando andaba buscando las borricas de su padre; y, finalmente, la vara florecida es trasunto de la de Aarón y de la de San José.

No hubo ni podía haber romances viejos sobre este argumento. Pero en la *Rosa gentil*, de Juan de Timoneda (1573), se halla [p. 25] uno que puede muy bien ser del mismo recopilador, y que es casi una mera versificación del texto del Valerio:

En el tiempo de los Godos,—que en Castilla Rey no había,
Cada cual quiere ser Rey—aunque le cueste la vida.
Sabiéndolo el Padre Santo,—que en santidad florecía,
Pusiérase en oración,—rogando en su rogativa
Que le revelase Dios—quién sería Rey de Castilla.
Por su profunda humildad—reveládoselo había,
Que el Rey que ellos esperaban,—su nombre Bamba sería,
Y lo habían de hallar arando—cerca de la Andalucía,
Con un buey blanco y cereño,—y un prieto en su compañía,
Todo esto el Padre Santo—a los godos les decía.
Los godos, siendo informados,—cada cual se departía:
Allá le van a buscar,—a do hallarse presumía.
Un día, estando los godos—cansados en demasía
De ir a buscar a Bamba,—volviendo sin alegría,
Vieron venir una dueña—por una cañada arriba,
Con una canasta al hombro,—y estas palabras decía:
«Venid ya, Bamba, a comer;—desuncid, que es mediodía.»
Los godos, cuando lo oyeron,—luego a Bamba se venían;
Las rodillas por el suelo,—desta manera decían:
«Dénos las manos Tu Alteza—con amor y cortesía.»
Bamba, atónico, espantado,—temblando, así respondía:
«No me matedes, señores,—no me quitedes la vida.»
«De quitártela, rey Bamba,—no es por tal nuestra venida,
»Sino hacerte sabidor—que el Padre Santo, que hoy día
»Rige la Iglesia romana,—por revelación divina

»Supo, y nos dijo que Bamba—nuestro Rey nombre tenía,
»Y, por tanto, tú lo eres,—no dudes, ten alegría.»
Bamba, dudoso de oirlo,—una vara que traía,
Ya después de hincada en tierra,—estas palabras decía:
«Cuando esta vara florezca—yo seré Rey de Castilla.»
Aun no lo hubo bien dicho,—la vara ya florecía.
Llevan marido y mujer—do el Consejo residía;
A él coronan por Rey,—a ella cual convenía.
Este Rey hizo en España—hechos de gran nombradía;
Por él está la coyunda—puesta en reales de Castilla. [1]

[p. 26] La Comedia *de Bamba*, compuesta por Lope, es de las que abarcan una crónica entera. No sólo comprende todos los hechos históricos y fabulosos que se habían contado de Vamba, sino que empieza antes de su advenimiento al trono, en pleno reinado de Recesvinto, a quien Lope llama *Recisundo*, siguiendo a la *Crónica general* y al *Valerio*. Una relación puesta en boca de Atanagildo, nos informa del milagro de la casulla de San Ildefonso. Si esto es ajeno a la acción y sólo está puesto para complacer la devoción de los espectadores, no sucede lo mismo con el monólogo de Ervigio que viene inmediatamente después, y que manifiesta su ambición y sus temores. Haciendo aparecer desde el primer momento al ambicioso intrigante que ha de destronar a Vamba, Lope encuentra, con su poderoso instinto dramático, el único lazo que podía sujetar escenas tan inconexas como las que la historia le ofrecía.

Las escenas villanescas en que Vamba pondera su rústica felicidad y en que sus convecinos le obligan a tomar por fuerza la vara de alcalde, son altamente anacrónicas (cosa en que nadie reparaba entonces), pero corresponden a aquel género de poesía realista en que Lope sobresalía tanto.

Mayor gozo me conierta
Cuando he acabado de arar,
El oler desde la puerta

[p. 27] Lo que guisáis de cenar,
Si es cabra salpresa o muerta,
Con grande abundancia de ajos
Y algunos toscos tasajos
De lacios y muertos bueyes,
Que la comida de reyes,
Llena de tantos trabajos...

En más remontado tono canta, al principio de la jornada segunda, las delicias de la soledad, parafraseando el *Beatus ille*, de Horacio:

¡Cuán bienaventurado
Es el que vive en su sabroso oficio...

No anduvo acertado Lope en añadir nuevos prodigios a la leyenda, haciendo que antes de llegar los

nobles visigodos, Vamba tenga una visión en que se le ofrece la corona y él la rechaza. Esta prevención intempestiva desvirtúa el efecto de la escena de la elección, que, por otra parte, está calcada con rara habilidad sobre las palabras del *Valerio* y del romance de Timoneda, cuyos primeros versos se repiten a la letra:

En el tiempo de los godos,
Que no habia Rey en Castilla,
Cada cual quiere ser Rey
Aunque le cueste la vida...

El asombro de la mujer y de los criados de Vamba, las graciosas simplicidades que dicen con motivo de su elevación súbita, acaban de dar carácter apacible y popular a este cuadro.

Esta comedia debió de ser escrita para representarse en Toledo, y por eso Lope saca mucho partido de las circunstancias locales y de los pormenores topográficos, halagando la mente de los espectadores con las familiares imágenes de la Vega, de los huertos de Galiana, de las Vistillas, el Cambrón y Visagra; de la fuente de San Martín, del castillo de San Cervantes, del Alcázar, de la plaza de Zocodover, de la iglesia Mayor, de las reliquias de San Eugenio y de Santa Leocadia. No se había inventado [p. 28] aún la frase del *color local*; pero Lope de Vega le derramaba por instinto sobre las tablas dramáticas que manchaba más aprisa.

Todo lo concerniente a la rebelión de Paulo y a los demás hechos ciertos y positivos de la historia de Vamba, está tratado de la manera más infantil y ruda, sin la menor sombra de artificio dramático. El público todo lo toleraba, y los poetas se atrevían a todo. Lope llega a versificar en cuerpo y alma la famosa *ithacion* o división de obispados atribuída a Vamba. Todo esto hace sonreír, sin duda, y riñe con todos los preceptos clásicos y románticos; pero no se puede negar que el teatro así entendido era una cátedra de historia nacional abierta al más humilde e ignorante, y cumplía un alto fin de educación patriótica y popular.

Puede decirse que en esta comedia está preparado ya el argumento de la siguiente, anunciándose primero en la profecía que el moro cautivo Mugarabo hace a Ervigio, y luego en las palabras del ángel a Vamba, la próxima destrucción del reino godo por la invasión de los alarbes. Lope se aparta de la tradición y la leyenda, haciendo morir a Vamba envenenado por Ervigio, y no retirado en el monasterio de Pampliega, donde sobrevivió siete años a su caída. También parece invención exclusiva y caprichosa de nuestro poeta la de hacer que el moro, por orden de Ervigio, pinte en un lienzo las figuras de los futuros conquistadores de España y le deposite en la cueva encantada de Toledo.

En suma, la *Comedia de Bamba*, que tiene todas las trazas de ser uno de los primeros ensayos de Lope, es tan disparatada en su estructura como interesante y curiosa en sus detalles. Clemencín se burla de ella con gracia en las notas del *Quijote* : [1] «La acción pasa en España y en Roma: habla un estampero, a quien el Rey compra una estampa de San Ildefonso, y habla también un niño recién nacido que tratan de bautizar, y dice *papa, caca* .» Por el contrario, el conocidísimo historiador general César Cantú, [p. 29] tan popular entre nosotros, analiza con detenimiento y exactitud este drama, haciendo resaltar lo ingenioso y poético de las escenas idílicas, y comparando los pronósticos

que antes de la elección turban e inquietan el corazón de Vamba con el saludo de las brujas a Macbeth, en la tragedia de Shakespeare. [1] De los historiadores generales de nuestro Teatro, sólo Klein ha tratado extensamente de este drama, poniendo en caricatura (lo cual no era difícil) lo desarticulado y monstruoso de la fábula, lo superficial del desarrollo, la torpeza en el empleo de lo maravilloso. Antítesis radical de este juicio es el de Grillparzer, que colocándose en el punto de vista épico, único que debe aplicarse a esta fase del Teatro de Lope, declara *El Rey Bamba* un excelente drama (*ein vortreffliches Stück*). El elogio puede parecer extremado, y conviene reservarle para otras obras de Lope de Vega, entre tantas como hay admirables dentro de esta sección.

No recuerdo que Vamba volviese a ser héroe de ninguna composición teatral hasta que en 1847 compuso Zorrilla *El Rey loco*, drama de los más olvidados de su repertorio, pero notable por su espléndida versificación, principalmente en las escenas escritas en endecasílabos, a las cuales daba tanto realce la poderosa declamación de Carlos Latorre, que transportó al género romántico el énfasis y la pompa de la tragedia clásica. Nada de tradicional hay en este drama; nada que arguya lectura del de Lope. La elección de Vamba se supone en Idania la Vieja; pero no seguramente por influencia del *Valerio*, sino de Morales o de Mariana, que en esta parte le copian. Todo lo demás pertenece al romanticismo convencional de la escuela francesa: la fingida locura de Vamba; el enigmático destino de Rodesinda, sus amores con Ervigio, encubierto bajo el nombre de Germano; el pergamino partido de Recesvinto; la escena final, en que el supuesto loco arroja su corona al pueblo. No hay color histórico ni sombra de verosimilitud moral: lo único que hay son excelentes versos.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 17]. [1] . *Extraits de plusieurs pièces du théâtre espagnol; avec des réflexions et la traduction des endroits les plus remarquables*. París, Pissot, 1738. Tres volúmenes. Tomo II, páginas 88-131.

[p. 17]. [2] . *Spanisches Theater*, vol. III (primero de las comedias de Lope). Leipzig, *Bibliog. Institut* (1869, páginas 15-93, *König Bamba*).

[p. 17]. [3] . *Zwei historische Schauspiele (König Bamba und das Lager von Santa Fe) von Lope de Vega. Aus dem Spanischen übersetzt*. Regensburg, Manz, 1877.

[p. 18]. [1] . Debe consultarse en el tomo II de los *Padres Toledanos*, publicados por el cardenal Lorenzana (Madrid, 1785), páginas 327-384. donde se ponen a dos columnas el texto genuino y el adulterado por el Tudense.

[p. 18]. [2] . El *Chronicon Mundi* puede verse en el tomo IV de la *Hispania Illustrata* de Andrés Scotto (Francfort, 1608), páginas 1-117.

[p. 19]. [1] . Tomo III de los *Padres Toledanos* (1793), páginas 47-59.

[p. 19]. [2] . Véase sobre ello la disertación del P. Flórez en el tomo IV de la *España Sagrada*.

[p. 19]. [3] . Puesto que tantas veces hemos de tener ocasión de citar la *Crónica general*, como principal fuente que es del Teatro histórico de Lope, advertiremos, de una vez para todas, que Lope sólo la conoció en el texto impreso por Florián de Ocampo, que no es más que una refundición muy tardía de la verdadera *Estoria d'España*, mandada escribir por Don Alfonso *el Sabio*. De la de Ocampo hay, como todo el mundo sabe, dos ediciones: la de Zamora, 1541, y la de Valladolid, 1604, idénticas en su contenido, pero todavía más incorrecta la segunda que la primera, Tendré a la vista una y otra,

[p. 21]. [1] . *Ircana* dice el *Valerio* , e *Ircana* repite Lope de Vega, pero la ciudad lusitana de que sin fundamento alguno se ha supuesto natural a Vamba, se llamaba *Idania la Vieja* (en portugués *Idania Velha*). No sabemos cuándo nació esta especie, pero el texto de Almela prueba que ya era vulgar a fines del siglo XV. Los anticuarios del siglo XVI, especialmente el famoso Andrés Resende (cuya latinidad vale mucho más que su crítica ni su buena fe), la aceptaron con regocijo. Ambrosio de Morales (lib. XII, cap. XLI) consigna ciertas tradiciones de Idaña, seguramente modernas: «Fué este Rey natural, en Portugal, de una parte de aquella provincia, que llamaban antiguamente Igeditania, donde dura un lugar llamado agora Idania la Vieja, con algún rastro de nombre de toda la región. También una fuente labrada allí de cantería, retiene el mismo nombre, y de la misma manera lo conserva una higuera allí, según Andrea Resendio, como testigo de vista, lo escribe en su larga carta a Bartolomé de Quevedo. Y puédesse con mucha razón gloriarse Portugal de haber nacido y salido allá un Rey tan excelente en religión, en el gobierno y en las armas, que son las tres cosas más principales en los reyes, y con que de veras fundan y acrecientan su grandeza y estados.»

[p. 22]. [1] . *Valerio de las Historias de la Sagrada Escritura, y de los hechos de España. Recopilado por el arcipreste Diego Rodriguez de Almela... Nueva edición, ilustrada con varias notas y algunas memorias relativas a la vida y escritos del autor. Por D. Juan Antonio Moreno, criado de la Excelentísima Sra. Marquesa de San Juan. Madrid, por D. Blas Román, 1793, páginas 101-104.*

Esta edición es la última, y se titula octava. Las anteriores son: de Murcia, 1487 , *por el maestro Lope de la Roca, alemán*; Medina del Campo, 1511 , *por el maestro Nicolás de Piemonte*; Sevilla, 1527 ; Sevilla, 1542 , *por Dominico de Robertis*; Madrid, 1568; Medina del Campo, 1584, y Salamanca, 1587 . En estas cuatro últimas ediciones se atribuyó el libro con error, o más bien de mala fe, al señor de Batres, Hernán Pérez de Guzmán, sin duda por ser autor más conocido y famoso que Almela.

En la dedicatoria al protonotario D. Juan Manrique, arcediano de Valpuesta, expone el autor con mucha claridad el plan y las fuentes de su obra:

«Como yo estoviese de edad de catorce años en servicio del muy Reverendo mi señor Don Alfonso de Cartagena, de gloriosa memoria, Obispo de Burgos, y su merced me mandasse aprender Gramática, algún tanto introducto en ella, como en su cámara oviesse muchos libros de diversas ciencias theologales, y de Philosophía, Leyes, y Cánones, y assimismo muchas Historias y Crónicas, assí de la Sacra Escritura como de Emperadores, Reyes y Príncipes, señaladamente de España; por no estar ocioso... según flaqueza de mi ingenio, y poquedad de mi saber, dime a leer en las Historias de la Sacra Escritura, principalmente en la Biblia, y en el libro de las Historias Escolásticas, y en las Crónicas de los Reyes de España desde su población hasta el tiempo presente... Como el dicho mi señor el Obispo conosciessse que me avía dado algún tanto a aquel trabajo, su voluntad fué (aviendo

dello placer) de me facer merced, y aunque no merecedor, me la fizo, y ficiera más si más viviera. En su vida conocí ser su desseo, que como Valerio Máximo, de los fechos Romanos y de otros, fizo una copilación en nueve libros, poniendo por títulos todos los fechos, adaptante a cada título lo que era siguiente a la materia, sacado del Tito Livio, y de otros Poetas y Coronistas, que assí su merced entendía facer otra copilación de los fechos de la Sacra Escripura, y de los Reyes de España, de que cossa alguna Valerio no habló: lo qual él fiziera en latín, escripto en palabras científicas y de grande eloquencia si viviera. Yo, porque mi sciencia es poca, propusse mi desseo de escrebir en nuestra lengua Castellana... y según mi ingenio, lo mejor que pude, de los dichos libros, y algun tanto de otros tractados ordenados por el dicho mi señor el Obispo, adaptando cada cossa a su título, principalmente los fechos de la Sacra Escripura, y después los de España, fize esta Copilación assimismo en nueve libros, y cada libro dividido por títulos, y cada título por capítulos...»

De las especies del *Valerio* relativas a Vamba, habla, para rechazarlas, Ambrosio de Morales en el lugar ya citado de su *Crónica*:

«El Arcipreste de Murcia en su *Valerio* acertó en darle su tierra propia a Vamba * [*]. Así debía escribirse el nombre de Este Rey, puesto que así aparece en sus monedas, *Vvamba rex*; pero como nuestra lengua rechaza V doble, ha prevalecido la forma *Vamba*], aunque señaló algo corrompido el nombre de Idania. Mas en su elección, y en lo que luego siguió, cuentan este autor y otros tantas fábulas, haciéndole labrador que estaba arando, y añadiendo otras cosas sin ningún tino ni concierto, que aun no será menester contradecirlas, según ellas son vanas y desvariadas, y según la verdad de todo está clara y manifiesta. Escríbela el Arzobispo San Juliano que lo vió todo, y dél será todo lo que yo aquí relatare.»

El mismo Diego Rodríguez de Almela, en el *Compendio estorial de todas las corónicas de España*, que presentó a la Reina Católica, y del cual poseo ejemplar manuscrito, en tres volúmenes, de letra del siglo XVI, refiere (capítulo CIII) la elección de Vamba en términos sustancialmente análogos a los del *Valerio*, aunque más amplificadas.

En el lib, IV, tit. V, cap. IV del *Valerio*, se prosigue la relación del reinado de Vamba de este modo:

«Dicho es como el rey Bamba, por revelación de Dios, fué elegido Rey de España, y assimismo de las grandes virtudes que en él avía, y magníficos fechos que fizo. Como después, por los peccados de los Godos de España, no siendo dignos de tener tan noble y virtuoso Rey, fuéle dada ponzoña a beber en vino haciendo colación, por mandado de *Don Hernigo (sic)*, que reynó después dél injustamente. E como quier que el Rey Bamba fué acorrido con medicinas, no ovo el entendimiento tan sano como antes lo avía; pero como fuesse devoto y cathólico Príncipe, luego se confessó y rescibió el sancto Sacramento de la Eucharistía, por manos del Arzobispo Don Quiricio de Toledo. E menospreciando las riquezas y pompas del mundo, amando pobreza, mandó que lo metiessen en la Orden de Sant Benito, y rescibió el hábito, y fizo profesión en un monesterio que estaba en una villa que se llamaba Pampliega. E reynó este Cathólico fiel Regidor en sus Reynos nueve años, y vivió en el Monesterio Monge professo siete años, y allí murió, y fué sepultado. Este Rey Bamba al principio fué pobre, que fué hallado arando con dos bueyes, y elegido por Rey de España, fué cathólico y virtuoso, tanto y más que otro de los Godos: en su fin escogió la vida pobre de Religión; acatando aquel dicho que decía la Iglesia: *Del principio conosci tu ley, la qual fundaste para siempre .»*

En el lib. VII, tít. IX, cap. III, se da noticia del origen de Ervigio:

«Un emperador de Constantinopla desterró de Grecia un rico hombre llamado *Arđanaste* (*sic*, por *Arđabasto*), por males que ficiera en su tierra. Vino en España en tiempo del Rey Recesundo, el qual le rescibió bien y fizo mucha merced; cassólo con una su sobrina, ovo en ella *un fijo llamado Don Hernigo, el qual, como fuesse criado en cassa del Rey, salió hombre orgulloso e sotil, e presumió de ser Rey*; después que fué muerto el Rey Recesundo, fué alzado por Rey de España el noble y virtuoso Bamba, y este Don Hernigo, que susso es, como fuesse inclinado a toda cobdicia y maldad, fixo dar yerbas al Rey Bamba, de que perdió el entendimiento, y entró en Religión, y ovo el Reyno después de Bamba este Don Hernigo, contra todo derecho y voluntad e opinión de los Españoles. Lo uno por la gran trayción que fiziera en darle yerbas al Rey su Señor; lo otro porque el Reyno pertenescía más de derecho a Don Theodofredo.»

En las palabras que van subrayadas, encontró Lope fundamento para hacer remontar el ambicioso pensamiento de Ervigio hasta los tiempos mismos del rey Recesvinto y de la elección de Vamba.

[p. 25]. [1] . Rosa de Romances o Romances sacados de las Rosas de Juan de Timoneda... Escogidos, ordenados y anotados por D. Fernando José Wolf. *Leipsique, F. A. Brockaus*, 1846, pág. 3. Reproducido con el núm. 578 en el *Romancero*, de Durán. El de Lorenzo de Sepúlveda, que tiene allí el núm. 580, es, como casi todos los suyos, mero extracto de la *Crónica general*.

Otro romance (el 579) que Durán dice haber tomado de un códice del siglo XVII y comienza:

Por la puerta del Cambrón...

debe de estar inspirado en la comedia de Lope, como lo indica el nombre de doña Sancha dado a la esposa de Vamba, y que no hallamos en el *Valerio*, ni tiene aspecto visigótico. Píntase en este romance con grandes anacronismos (haste hacer llevar a Vamba, «*a manera de tusón, una cruz colorada*») la coronación de Vamba y su mujer en Toledo.

[p. 28]. [1] . Tomo III de la primera edición, pág. 405.

[p. 29]. [1] . *Historia universal* traducción de D. N. Fernández Cuesta, t. IX (documentos literarios), páginas 665-66. Es de presumir que Cantú, poco conocedor de la literatura española, tomara este análisis de otra parte, quizá del libro de Enk, que no tengo a la vista.

ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA — III : CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

[p. 30] III.—EL ÚLTIMO GODO

Esta comedia, no citada en la primera lista de *El Peregrino*, pero sí en la segunda, lo cual indica que es posterior a 1604, hállase impresa dos veces en la colección de Lope, una en la *Octava parte* (1617), con el título de *El postrer Godo de España*, y otra en la Parte 25, de Zaragoza, 1647. Como Lope no intervino en la primera edición ni pudo intervenir en la segunda, una y otra salieron incorrectísimas, si bien con erratas muy diversas, por haber sido hechas, a no dudarlo, con presencia de diversos originales. Pero casi siempre la una sirve para corregir el texto de la otra. Damos todas las variantes de entrambas.

Esta pieza, mucho más importante por el asunto que por la ejecución, es una especie de trilogía que en la primera jornada representa los amores de Don Rodrigo y la Cava; en la segunda, la venganza del conde D. Julián y la rota llamada hasta nuestros tiempos del Guadalete; en la tercera, los comienzos de la restauración de España por Don Pelayo, mediante el triunfo de Covadonga.

Siendo imposible reducir a breves páginas lo mucho que puede decirse, ni siquiera lo mucho y bueno que se ha dicho ya, acerca de los orígenes de las tradiciones poéticas relativas a la pérdida de España, nos limitaremos a recordar lo más esencial, remitiendo al lector a los excelentes trabajos modernos en que más de propósito se ha tratado este argumento, [\[1\]](#) e insistiendo **[p. 31]** únicamente en lo menos sabido o en lo que más puede conducir a la ilustración de esta comedia de Lope.

Al revés de lo que sucede en todas las leyendas épicas nuestras, ésta no es de origen cristiano, sino musulmán, y era natural, en efecto, que los vencedores gustasen de consignar el recuerdo de los hechos de la conquista, aunque no le conservasen más vivo y fresco que los vencidos. Ya en el siglo IX corrían por Egipto historias maravillosas relativas a estos sucesos: se decía que Táric, antes de emprender su navegación, había visto en sueños al profeta rodeado de sus primeros prosélitos, armados de arcos y espadas, mostrándole la tierra española como término de su glorioso destino; añadíase que Muza, que era un gran astrólogo, había leído en las estrellas la suerte de España; que un anciano misterioso le había anunciado que él sería el conquistador; y que en el Norte de la península había encontrado un ídolo en cuyo pecho estaban grabadas unas letras fatídicas, que anunciaban a los hijos de Ismael la discordia y la desolación que, andando el tiempo, habían de caer sobre ellos.

Las tradiciones, ya fabulosas, ya históricas, sobre la conquista, se dividen, naturalmente, en dos grupos, uno de origen oriental, otro de origen español. Contienen las narraciones escritas en Oriente una dosis mucho mayor de elementos fantásticos y maravillosos: la historia aparece oscurecida allí por innumerables fábulas, y alterada por el tiempo y por la distancia. Al contrario, **[p. 32]** las tradiciones recogidas entre los musulmanes de España son mucho más sobrias y de carácter más histórico.

El primer autor que consigna en términos expresos la violación de la Cava, la venganza de D. Julián y la historia de la cueva encantada de Toledo, es el egipcio Aben-AbJelháquem, autor del siglo IX, que

ha sido traducido al inglés por Harris Jones, [1] y al castellano por Lafuente Alcántara. [2] Sus palabras son estas:

«Dominaba en el estrecho que separa el África de España un cristiano llamado Julián, señor de Ceuta y de otra ciudad de España que cae sobre el estrecho y se llama Al-Hadrá (la Verde), cercana a Tánger, y obedecía éste a Rodrigo, señor de España, que residía en Toledo... Había mandado Julián su hija a Rodrigo, señor de España, para su educación, mas el Rey la violó, y sabido esto por Julián, dijo: «El mejor castigo que puedo darle es hacer que los árabes vayan contra él», y mandó decir a Tárik que él le conduciría a España. Tárik estaba entonces en Tremecén, y Muza en Kairván, y aquél contestó a Julián que no se fiaba de él si no le daba rehenes; entonces Julián le mandó sus hijas únicas que tenía. Con esto se aseguró Tárik y salió en dirección a Ceuta, sobre el estrecho, en busca de Julián, quien se alegró mucho de su venida y le dijo que le conducía a España. Había en el paso del estrecho un monte llamado hoy Chebel Tárik (Gibraltar), situado entre Ceuta y España; y luego que fué por la tarde, vino Julián con unos barcos y le condujo a este punto, donde se ocultó durante el día; volvió luego por los soldados que habían quedado, y así los fué transportando todos... Julián y los mercaderes que estaban con él quedaron en Algeciras para animar a sus compañeros y a la gente de la ciudad...

»Nos contó Abdo-r-Rahmen, con referencia a Abd-Allah-ben-Abdo-l-Háquem y a Hixém-ben-Ishac, que había en España una casa cerrada con muchos cerrojos, y que cada Rey le aumentaba [p. 33] uno, hasta que fué Rey aquel en cuyo tiempo entraron los árabes. Quisieron que hiciese también un cerrojo, como sus predecesores, pero él rehusó y dijo que no haría tal cosa hasta ver lo que había en ella. La mandó abrir, y encontró las figuras de los árabes con un letrero que decía: «Cuando se abra esta puerta, entrará en este país lo que aquí se representa...»

»Cuentan algunos que Rodrigo vino en busca de Tárik, que estaba en el monte, y cuando estuvo cerca, salió Tárik a su encuentro. Venía Rodrigo aquel día sobre el trono Real, conducido por dos mulas, con su corona, sus guantes y demás ropas y adornos que habían usado sus antepasados. Tárik y sus soldados fueron a su encuentro a pie, porque no tenían caballería, y pelearon desde que salió el sol hasta que se puso, de suerte que creyeron que aquello iba a ser una total destrucción; mas Dios mató a Rodrigo y a los suyos, y los musulmanes quedaron victoriosos. Jamás hubo en el Magreb batalla más sangrienta que aquella. Los musulmes no cesaron de matar cristianos en tres días.»

En otras compilaciones orientales, y especialmente en el texto del seudo Aben-Cotaiba, traducido al inglés por D. Pascual de Gayangos, [1] y que Dozy supone compuesto en el siglo XI, se añaden una porción de pormenores estupendos, de los cuales ahora prescindimos, porque no llegaron a penetrar en nuestra historia ni en nuestra poesía épica. Tal es el relato de las cosas maravillosas que vió Muza en Occidente, entre ellas una figura de cobre que disparaba flechas contra sus soldados; una fortaleza, también de cobre, defendida por genios, y unos cofres en que Salomón había encerrado diablos. El cuento aljamiado de la ciudad de Alatón parece un vestigio de estas ficciones.

«Las tradiciones verdaderamente españolas —dice Dozy— no contienen nada que se parezca a estas extravagancias. Dotados de un buen sentido admirable y digno de toda alabanza, los [p. 34] árabes de España, a excepción de sus teólogos, no hubieran creído fácilmente en autómatas, en castillos encantados, en genios condenados por sobrenatural poder, a gemir encerrados en cajas de metal. Por

el contrario, las tradiciones españolas son tan sencillas, tan plausibles, tan poco adornadas de incidentes novelescos o maravillosos, que merecen, si no confianza absoluta, por lo menos examen serio.»

El único libro, sin embargo, en que estas tradiciones aparecen limpias de toda mezcla de superstición egipcia es el *Ajbar-Machmuá*, compilación anónima del siglo XI, que en nuestros días ha sido publicada y traducida íntegramente al castellano por D. Emilio Lafuente Alcántara. *El anónimo de París* (como vulgarmente se le denomina por hallarse en la Biblioteca Nacional de París el único manuscrito conocido hasta ahora de esta obra) no menciona la casa encantada de Toledo, pero acepta la tradición del conde D. Julián y su hija. Su narración es de esta suerte:

«Murió en esto el rey de España, Gaitixa, dejando algunos hijos, entre ellos Obba y Sisberto, que el pueblo no quiso aceptar; y alterado el país, tuvieron a bien elegir y confiar el mando a un infiel, llamado Rodrigo, hombre resuelto y animoso que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero. Acostumbraban los grandes señores de España mandar sus hijos, varones y hembras, al palacio real de Toledo, a la sazón fortaleza principal de España y capital del reino, a fin de que estuviesen a las órdenes del Monarca, a quien sólo ellos servían. Allí se educaban hasta que, llegados a la edad núbil, el Rey los casaba, proveyéndoles para ello de todo lo necesario. Cuando Rodrigo fué declarado Rey, prendóse de la hija de Julián, y la forzó. Escribiéronle al padre lo ocurrido, y el infiel guardó su rencor y exclamó: «Por la religión del Mesías, que he de trastornar su reino y he de abrir una fosa bajo sus pies.» Mandó en seguida su sumisión a Muza, conferenció con él, le entregó las ciudades puestas bajo su mando, en virtud de un pacto que concertó con ventajosas y seguras condiciones para sí y sus compañeros, y habiéndole [p. 35] hecho una descripción de España, le estimuló a que procurase su conquista...

»Encontráronse Rodrigo y Tárik... en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha e izquierda, al mando de Sisberto y Obba, hijos de Gaitixa, dieron a huír; y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fué también derrotado, y sus musulimes hicieron una gran matanza en los enemigos. Rodrigo desapareció sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto.»

En casi todos los historiadores árabes de que hasta ahora han dado traducción, extracto o noticia, los orientalistas, se habla en términos análogos de D. Julián y de su hija. Sirva de ejemplo Aben-Adhari, de Marruecos, historiador del siglo XIII, que ha sido puesto en castellano por nuestro docto compañero de Universidad y de Academia, D. Francisco Fernández y González. [1]

«Y sucedió que un Rey de los godos, llamado Ruderiq, extendió la mano sobre la hija de Ilián que tenía en su palacio, y la hizo violencia en su persona; por lo cual envió ella un mensaje a su padre, dándole cuenta secretamente de todo; e Ilián, cuando hubo recibido la noticia, la guardó y ocultó en su pecho, esperando con ella días y meditando calamidades... Y escribió Ruderiq a Ilián para que le proporcionase halcones, aves y otras cosas, y le respondió Ilián con tales palabras: «Ciertamente irán a ti aves de las que no viste jamás semejantes»; con lo que aludía [p. 36] a su traición. En seguida

invitó a Táriq a que pasase el mar, y hay discordia en las narraciones sobre los combates que dió Táriq a la gente de Al-Andalus: y se dice que Ruderiq se adelantó contra él reuniendo tropas escogidas, el nervio de la gente de su reino, guiándolas desde el trono real tirado por dos mulos, y con la corona en la cabeza y demás insignias que visten los reyes... Y cuando llegó al lugar donde estaba Táriq, salióle éste al encuentro, y combatieron sobre el Guad-al-Lecca en la cora de Xidhona (siendo aquel el día de ellos, que fué, a saber, domingo, a dos noches por andar de la luna de Ramadán), desde que salió el sol hasta que se sumergió en la noche, y amaneció el lunes sobre la pelea hasta la tarde, prolongándose seis días de este modo hasta el segundo domingo, en que se completaron ocho días; y mató Dios a Rudheriq y a quien con él estaba, y fué abierta a los musulimes Al-Andalus, y no se supo el paradero de Rudheriq, ni fué hallado su cadáver; aunque se hallaron sus botines con labores de plata, y unos dicen que se ahogó, y otros que fué muerto: mas sólo Dios sabe lo cierto de él.»

No olvida Aben-Adhari la conseja de la cueva encantada de Toledo: «Y abrió (Ruderiq) la casa donde se guardaba el arca, en que se escribía el nombre del Rey que moría y se había colocado la corona de cuantos subieron al trono... Y cuentan que edificó en particular para sí otra casa semejante a aquella, resplandeciente de oro y plata, novedad que no placía a las gentes; y como pretendiera abrir la antigua y asimismo el arca..., cuando las abrió encontró en la casa la corona de los Reyes y figuras de árabes, blandiendo sus arcos y con turbantes en la cabeza, y en el fondo del arca escrito: «Cuando se abriere esta arca y se sacaren las figuras, entrará Al-Andalus un pueblo con... turbantes en la cabeza...» Y cuando fué Táriq a Tolaitola, halló en ella la mesa de Suleimán con figuras de árabes y bereberes a caballo.»

Parece inútil acumular nuevos testimonios, que serían sustancialmente idénticos. Baste por todos el famoso compilador del siglo XVII, Al-Makkari, que amplifica más que los restantes [p. 37] el cuento del rollo de pergamino hallado por Rodrigo en el arca cuando rompió los cerrojos de la casa encantada de Toledo, y conviene con Aben-Adhari en lo relativo a la deshonra de don Julián y a la parábola de los halcones.

No es fácil, ciertamente, ni a nuestro propósito importa, aporar el valor histórico de todas estas especies, que no es mayor ni menor por hallarse en tantos libros diversos, dada la costumbre que los árabes tenían de copiarse ciegamente unos a otros. Todo lo esencial está ya en la Crónica de Aben-Abdelháquem, cuya remota fecha es conocida e indisputable. La violación de la hija de Julián, que, aun suponiéndola cierta, sería pequeña explicación para tan gran suceso histórico, habiéndolas tan a la mano como la intervención de los árabes en favor de los hijos de Witiza y el apoyo de todos los descontentos españoles, está tenida hoy por una fábula en la opinión de los mejores críticos, fundándose, no sólo en el silencio de las crónicas cristianas hasta el siglo XII, sino en los anacronismos e inverosimilitudes que la misma narración envuelve. Por otra parte, historiador arábigo hay, y por cierto el más crítico y famoso de todos ellos, Aben Jaldún (siglo XIV), que con extraña concisión atribuye el desafuero, no a Don Rodrigo, sino a su antecesor Witiza: «Después de Egica vino a reinar Witiza, catorce años, y le pasó lo que le pasó con la hija de Julián, gobernador de Ceuta.» [1] De la existencia histórica de Julián y de la parte que tuvo en la invasión no hay que dudar, puesto que no sólo lo afirman todos los cronistas árabes, sino también el Pacense (o sea el anónimo de Córdoba, o el anónimo de Toledo, o como quiera llamársele), dando a [p. 38] Julián el nombre de Urbano: *nobilis viri Urbani africanae regionis sub dogmate catholicae fidei exorti*. Pero sobre su nacionalidad y raza se disputa mucho, puesto que mientras unos siguen teniéndole por visigodo,

otros, como Dozy, le suponen *exarca* bizantino y súbdito del Imperio, por consiguiente; y no falta quien, como nuestro docto compañero Saavedra, se incline a tenerle por persa o armenio. Ya en el siglo XIV había dudas sobre este particular, puesto que el canciller Ayala, en la *Crónica de Don Pedro* (año II, cap. XVIII), escribe: «Este conde D. Illán no era de linaje godo, sino de linaje de los Césares, que quiere decir de los romanos.»

Más importancia quizá que ninguna de las crónicas árabes citadas hasta ahora tendría, si la poseyésemos íntegra y en su original, la de Ahmed-Ar-Razi, el más antiguo historiador entre los musulmanes españoles. Pero de su texto árabe sólo se hallan referencias en otros historiadores más modernos, y la traducción castellana del siglo XIV, hecha por el maestre Mahomad y el clérigo Gil Pérez, y vulgarmente llamada *Crónica del moro Rasis*, cuya autenticidad en todo lo sustancial ha sido puesta fuera de litigio por Gayangos [1] y Saavedra, tiene en todos los códices hasta ahora conocidos una laguna, precisamente en el sitio en que debía contener la aventura de la hija de D. Julián. En cambio este texto, al llegar a la descripción de la batalla, ofrece nuevos pormenores, que luego se incorporaron en la corriente poética: las lamentaciones de Don Rodrigo derrotado y ciertas dudas acerca de su paradero después del vencimiento.

«Et nunca tanto pudieron catar que catasen parte del rey D. Rodrigo... e diz que fué señor después de villas y castillos, et otros dicen que moriera en el mar, et otros dijeron que moriera fuyendo a las montañas, y que lo comieran bestias fieras, y más desto no sabemos, et después a cabo de gran tiempo fallaron una sepultura en Viseo en que están escritas letras que decían [p. 39] ansí: aquí yace el rey don Rodrigo, rey de Godos, que se perdió en la batalla de Saguyne.» [1]

La descripción del carro en que Don Rodrigo se presentó en la batalla, está también pomposamente amplificada por el moro Rasis: «Et ¿qué vos contaremos del Rey de cómo venía para la batalla, y de las vestiduras que trahía, y qué eran las noblezas que trahía, y non creo que ha home que las pudiese contar, ca él iba vestido de una arfolla que en esse tiempo decían púrpura que estonces traían los Reyes por costumbre, et según asinamiento de los que la vieron, que bien valía mil marcos de oro, y las piedras y los adobes en esto non ha home que lo pudiese decir que tales eran, ca él venía en un carro de oro que tiraban dos mulas; éstas eran las más fermosas y las mejores que nunca ome vió; et el carro era tan noblemente fecho, que non había en él fuste ni fierro, mas non era otra cosa sinon oro y plata y piedras preciosas, et era tan sotilmente labrado, que maravilla era, y [p. 40] encima del carro había un paño de oro tendido, y este paño non ha home en el mundo que le pudiese poner precio, et dentro so este paño estaba una silla tan rica que nunca ome vió otra tal que le semejase; et aquella silla era tan noble y tan alta, que el menor home que había en la hueste la podía bien ver; et ¿que vos podía home decir que desde que Hispán, el primero poblador que vino a España, fasta en aquel tiempo que el rey Don Rodrigo vino a aquella batalla, nunca fallamos de rey ninguno nin de otro home que saliese tan bien guisado nin con tanta gente como éste salió contra Tarife?» [1]

Todas estas tradiciones permanecieron ignoradas de nuestros cronistas hasta el siglo XII. El Albeldense y Alfonso III *el Magno* ni siquiera nombran a D. Julián, cuanto menos a su hija, y en uno y otro continúa la misma incertidumbre que en los relatos arábigos acerca del paradero de Don Rodrigo, [2] si bien el segundo consigna la especie de la sepultura hallada en Viseo con la inscripción: *Hic riquiescit Rodericus, rex Gothorum*, lo cual parece indicio de una tradición local bastante antigua. [3]

Donde por primera vez apunta la leyenda arábica, tomada, no de los libros, según creemos, sino de alguna versión oral, es en el monje de Silos, que escribía en tiempo de Alfonso VI: «*Propterea furor violatæ filiaē ad hoc facinus peragendum Julianum incitabat quam Rodericus Rex, non pro uxore, sed eo quo sibi pulchra pro concubina videbatur eidem callide surripuerat.*» [4]

Al Silense copió casi literalmente D. Lucas de Túy, que tampoco creo que consultase fuentes árabes: «*Quod Rodericus Rex [p. 41] filiam ipsius non per uxorem, sed quod sibi pulchra videbatur utebatur pro concubina.*» [1]

El que tuvo directo acceso a aquellas fuentes, y las siguió con una puntualidad que hoy es fácil comprobar, fué el insigne arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, nuestro gran historiador de los tiempos medios. Su narración de la pérdida de España (lib. III *De Rebus Hispaniæ*, cap. XVIII y siguientes) es la misma que, traducida al castellano, pasó a la *Crónica general* en todas sus distintas redacciones. Copiaremos sólo los pormenores poéticos, ateniéndonos al peor texto de todos, es decir, al de Ocampo, por ser el único que conoció Lope:

«E torna aquí agora la estoria a contar, e dize que en la cibdad de Toledo havíe un palacio: que estava siempre cerrado tiempo havíe ya de muchos reyes: e teníe muchas cerraduras. E el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuydaba que yazíe y algún haver en él; mas quando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa sinon una arca otrosí cerrada, e el rey mandóla abrir, e non fallaron en ella sinon un paño pintado que estaban en él escriptas letras latinas que dezíen assí: «Quando aquestas cerraduras serán quebradas, e el palacio e el arca serán abiertos, e los que y yazen lo fueren a ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España: e la conquistarán: e serán ende señores. E el rey quando aquello vió, pesol mucho porque el palacio fiziera abrir, e hizo cerrar el arca, e el palacio, assí como estava de primero, e en aquel paño estaban pintados homes de caras e de parecer, de manera e de vestidos, assí como agora andan los Alarbes, e teníen las cabezas cubiertas con tocas, e estaban cavalleros en cavallos, e los vestidos eran de muchas colores, e teníen en las manos espadas, e señas, e pendones alzados. E los ricos homes e el rey fueron espantados por aquellas pinturas que assí havíen visto.

»Costumbre era en aquel tiempo de criarse las donzellas fijas de los altos omes en el palacio del rey. E havíe estonces entre [p. 42] las donzellas de la cámara del rey una fija del conde don Illán, que era muy fermosa además. E el conde don Illán era ome muy gran fidalgo, e venía de gran linage de parte de los Godos, e era ome muy presciado en el palacio del rey, e home bien provado en armas: e demás era Conde de los Esparteros, [1] et era pariente e privado del rey Vetisa: et era rico e bien heredado en el castiello de Consuegra et en la tierra de las marismas. E avino assí que hovo de yr este conde don Illán, de que decimos, a tierra de África con mandadería del rey Rodrigo: et él estando allá en el mandado, tomó el rey a su fija por fuerza, e yogó con ella: e ante desto fuera ya tratado que habíe de casar con ella, más non casara: e algunos dizen que fué la mujer, e gela forzó: más pero por qualquier que fué destas cosas, desto se levantó el destroymiento en España e de la Galia Gótica. Et el conde don Illán tornó del mandado luego a donde fuera: e sopo luego aquella deshonra de la fija o de la mujer, ca ella mezquina lo descubrió: e hizo infinta que non paraba mientes, e que non daba por ello nada, demostrando a las gentes semejanza de alegría. Mas después que hovo dicho todo el mandado al rey en que fuera, tomó a su mujer, e fuesse sin despedirse, e desí en medio del invierno pasó la

mar, e fuese para Cepta: e dexó y la mujer, e el haber, e fabró con los moros: e desí tornóse para España: e fuese para el rey, e pidióle la fija, ca le dixo que la madre era enferma, e que havia sabor de la ver: e que con ella havría prazer, et el rey mandógela dar: et el Conde tomó estonces la fija e llevóla e dióla a la madre. En aquel tiempo tenía el conde don Illán por tierra a Isla verde, a la que agora dizen en arábigo *Algezira Talhadra*, [2] e de allí fazien a los Bárbaros de África gran daño e gran mal: de guisa que havien del gran miedo...

«E Tarif e el Conde Illán arribaron en España, e comenzaron a destroyr la prouincia de Bética: e el rey Rodrigo quando lo sopo, ayuntó todos los godos que con él eran, e fuese muy atrevidamente [p. 43] contra ellos, e fallólos en el río que dizen Guadalete, que es cerca de la cibdad de Asidona, la que agora dizen Xerez... E el rey Rodrigo andava estonces con su corona de oro en la cabeza. e vestido de paños de peso en un lecho de marfil que llevavan dos mulos, ca así era entonces costumbre de andar los reyes de los Godos, e assí comenzaron la facienda, e duró ocho días que nunca ficieron sinon lidiar de un Domingo fasta otro...

»Más los christianos lidiando e seyendo ya los más dellos muertos, e los otros fuydos, non sabe home qué fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo desde comedio: pero la corona e las vestiduras e la nobleza real, [1] e los zapatos de oro e de piedras preciosas e el su caballo, al qual dezien Orella, fueron fallados en un tremedal cerca del río Guadalete, sin el cuerpo... E de allí no supieron más que se fizo, sinon que después a tiempo en la cibdad de Viseo en tierra de Portugal fué fallado un monumento en que estava escrito: «Aquí yaze el rey Rodrigo, el postrimero rey de los Godos...» Sigue una vehemente declamación contra el conde don Julián, traducida asimismo del Toledano. Salvo el nombre del caballo, que más tiene traza de latino (*Orelia* o *Aurelia*) que de árabe, todo lo demás está bastante conforme con el *Ajbar-Machmuâ*.

Estas tradiciones, que llegaron a penetrar hasta en la epopeya francesa, como lo prueba el poema de *Anceis de Cartago*, compuesto en el siglo XIII, en que el conde D. Julián está convertido en Isoré, consejero de Anceis, y Muza en Marsilio, no creemos que fueran recogidas en ningún *cantar de gesta* castellano: a lo menos no queda vestigio de él. El *Poema*, de Fernán González, que elude a ellas vagamente, es ya un tardío producto del *mester de clerezía*, y puede disputarse si antecedió a la *General* o si es posterior a ella.

No fué la forma épica la que tomaron estos relatos, sino otra más degenerada, la forma novelesca, cuando por los años de 1443 «un liviano y presuncioso hombre llamado Pedro del Corral [p. 44] hizo una que llamó *Crónica Sarracina*, que más propiamente se puede llamar trufa o mentira paladina», según expresión de Fernán Pérez de Guzmán, en el prólogo de las *Generaciones y semblanzas*. Es, en efecto, la llamada *Crónica del rey D. Rodrigo, con la destrucción de España*, [1] un verdadero libro de caballerías, y no de los menos agradables e ingeniosos, a la vez que la más antigua novela histórica de argumento nacional que posee nuestra literatura. Pedro del Corral, siguiendo la costumbre de los autores de libros de este jaez, atribuyó su relación a los fabulosos historiadores Eleastras, Alanzari y Carestes; pero no hay duda que tuvo a la vista la *Crónica general*, y sobre todo la del moro Rasis, a quien sigue a veces literalmente. Todo lo demás de este enorme libro es de pura invención del autor, que le compaginó con los lugares comunes del género caballeresco, llenándole de torneos, justas, desafíos y combates singulares, festines suntuosos, pompas y cabalgatas; convirtiendo a Don Rodrigo en un paladín andante que ampara a la duquesa de Lorena (como en otra

leyenda lo hace el conde de Barcelona con la Emperatriz de Alemania), celebra Cortes en Toledo, se casa con Eliaca, hija del Rey de África, y ve concurrida su corte por los más bizarros aventureros de Inglaterra, Francia y Polonia.

Abundan en la novela los nombres menos visigóticos que pueden imaginarse: Sacarus, Acrasus, Arditus, Arcanus, Tibres, Lembrot, Agresses, Beliarte, Lucena, Medea, Tarsides, Polus, Abistalus, tomados algunos de ellos de la *Crónica Troyana*, que fué evidente prototipo de este libro español en la parte novelesca. Las fábulas ya conocidas logran exuberante desarrollo en la fantasía de Pedro del Corral. Sabe de la casa encantada de Toledo mucho más que sus predecesores, y la describe tan menudamente como si la hubiera visto, convirtiéndola en una especie de alcazar mudéjar. Sabe que la fundó *Hércules el Fuerte cuando vino en España*, y que dejó en ella muchos encantamientos, porque después [p. 45] de su muerte fuese conocido el su saber e poder». La casa, *de gran maestría*, estaba hecha en esta guisa: «Cuatro leones de metal debaxo del cimientto desta: e son tan grandes, que estando un hombre de suso de un gran cavallo de una parte, y otro de otra, no se podían ver; tan grandes son los leones; e sobre ellos está la casa, y es toda redonda e tan alta, que no ha hombre en el mundo que una pierna pueda echar de suso: e ya esto han provado muchos, mas nunca pudieron... Cierto es que en toda la casa no ay piedra mayor que una mano de hombre, e todas las más son de jaspes, e mármoles tan claros e luzientes que demuestran ser cristal. Son de tantas colores, que nosotros no cuydamos que dos piedras ende ay de una color: e assí sotilmente son juntas unas con otras, que si no los muchos colores dellas, no creeríades sino que la casa es toda una piedra entera, e son puestas las piedras por tal manera unas sobre otras, que veyéndolas podedes saber todas las cosas de batallas pasadas y de grandes hechos, y esto no es de pintura, mas las colores de las pinturas e la gran arte de juntar las unas piedras con otras lo muestran parecer anssí.»

Estupendas son las cosas que allí vió Don Rodrigo cuando rompió los candados y *cató* lo que había en la casa, entrando por ella con sus *altos hombres*:

«E fallaron un palacio hecho en cuadra tanto de la una parte como de la otra, en el qual había un lecho muy guarnido, y en aquel lecho echada una estatua de hombre muy grande además e todo armado, y tenía el un brazo tendido y en la mano un escripto. E quando el Rey e los que con él eran vieron este lecho, y en él este hombre echado, fueron mucho espantados de lo que quería ser: e dixieron ciertamente aquel lecho era de las maravillas de Hércules y de sus encantamientos: e como vieron el escripto que tenía en la mano mostráronlo al Rey, y el Rey fué a él et tomogelo, et abriolo y leolo, y dezía assí: «Tú tan osado que este escripto leerás, para mientes quien eres: et cuánto de mal por ti verná, que assí como por mí fué España poblada et conquistada, assí será siempre de ti despoblada y perdida: et [p. 46] quiero te dezir que yo fuí Hércules el fuerte aquél que toda la mayor parte del mundo conquisté, et a toda España, et maté a Gerión el grande, que era señor della: et yo solo sojuzgué a todas estas tierras de España: et conquisté muchas gentes et fuertes cavalleros; et nunca fallé quien me conquistase fueras la muerte: cata lo que harás; que deste mundo al no llevarás sino los bienes que ficieres»: et leydo este escripto, el Rey se turbó mucho de lo que vió, et ya no quisiera aver comenzado este fecho... E a todos los cavalleros que ende eran les pesó mucho de lo que el escripto dezía, y esto visto fueron ver otro palacio que era tan maravilloso que hombre no vos lo podría contar: e las colores que en él estaban eran quatro. La una parte del palacio era tan blanco como la nieve. E la otra que era en derecho era más negra que la pez: e la otra parte era verde como la fina esmeralda, y en derecho della la otra parte era más bermeja que la sangre muy clara: e todo el palacio era muy claro e más luziente quel cristal... Y en todo el palacio no avía madero ninguno de

dentro ni de fuera ni obra de fuste... De suso avía finiestras atantas que davan gran claridad, por manera que todo era tal que se podía ver lo que dentro estava tan claro como lo de fuera. Y después que vieron el palacio como era hecho, no fallaron en él sino un poste: y éste no muy grueso e todo redondo: e tan alto como un hombre comunal: y estava en él una puerta muy sotilmente hecha e asaz pequeña, scripta de letras griegas: y dezía en ellas: «Quando Hércules hizo esta casa, andava la era de Adán en tres mil e seys años.» E luego que el Rey ovo leydo las letras y entendió lo que en ellas dezía, abrió la puerta, y des que la ovo abierta hallaron letras hebreas que dezían: «Esta casa es una de las maravillas de Hércules»; y desque estas letras ovieron leydo, vieron en aquel poste una caxa hecha en que estava una arqueta de plata, y ésta era muy sutil y hecha de extraña obra dorada e toda llena de muchas piedras preciosas y de gran precio, y estava cerrada con un candado de aljófar, y éste era fecho en tal manera que era una gran cosa, y estaban en ella letras griegas entretalladas que dezían: «El Rey en cuyo [p. 47] tiempo fuere abierta esta arqueta, no puede ser que no vea maravillas antes de su muerte...» E quando el Rey entendió esto, dixo: «Dentro en esta arqueta yaze esso por que yo ando y lo que Hércules mucho defendió.» El Rey y tomó el candado y quebrólo con sus manos, ca otro ninguno non lo osó quebrar: e assí como fué el candado quebrado y el arqueta abierta, no hallaron dentro sino una tela blanca e plegada entre dos tablas de arambre: e assí como las tomó despególas luego, e hallaron en ellas alárabes en figuras con sus tocas, y en sus manos pendones, e con sus espadas a los cuellos, e sus ballestas tras sí en los arzones de las sillas, y encima de las figuras avían letras que decían: «Cuando este paño fuere estendido e parescieren estas figuras, hombres que andarán ansí armados conquirirán a España e serán della señores...»

»Y desta guisa salieron fuera de la casa, y él defendió a todos que no dixessen ninguna cosa de lo que allí avían hallado: et mandó cerrar las puertas de la manera que primero estaban: et non eran bien acabadas de cerrar, quando vieron un águila caer de suso del ayre que parecía que descendía del cielo, e traya un tizón de fuego ardiendo et púsolo de suso de la casa e comenzó de alear con las alas, y el tizón con el ayre quel águila facia con sus alas comenzó de arder, y la casa se encendió de tal manéra como si fuera hecha de resina, así vivas llamas y tan altas que esto era gran maravilla, e tanto quemó que en toda ella no quedó señal de piedra, y toda fué fecha ceniza. E a poca de hora llegaron unas avecillas negras, e anduvieron por de suso de la ceniza: e tantas eran que davan tan grande viento de su vuelo, que se levantó toda la ceniza y esparzióse por España toda quanta el su señorío era, et muy muchas gentes sobre quien cayó, los tornava tales como si los untassen con sangre... Y este fué el primero signo de la destrucción de España.»

No es el fabuloso cronista de Don Rodrigo el primer autor en quien se lee el nombre de *la Cava* (de origen arábigo: *Caba*, mala mujer o ramera), puesto que ya le hallamos en la *Crónica de D. Pedro*, del canciller Ayala, que conviene también con Pedro [p. 48] del Corral en la parentela que asigna a la desflorada doncella, a la qual decían la Caba, e era fija del Conde e de su mujer Doña Faldrina, que era herrnana del Arzobispo Don Opas (*Orpas* en Corral) e fija del rey Vitiza». [1] Tal identidad en autores de tan diversos estudios y carácter como el gran canciller y el liviano historiador de la destrucción *de España*, sólo puede explicarse por la presencia de un texto común, que probablemente fué el del moro Rasis en la parte que falta en los ejemplares que hoy conocemos.

Pero si es cierto que Pedro del Corral no inventó el mal nombre de la Cava, no lo es menos que él fué quien amplificó el cuento de sus amores con todo género de atavíos novelescos: coloquios, razonamientos, mensajes, cartas y papeles, que fueron después brava mina para los autores de romances y aun para los historiadores graves. No es posible extractar tan larga narración, pero no

podemos omitir la primera escena del enamoramiento: «E un día el rey se fué a los palacios del mirador que avía fecho, e anduvo por la sala solo sobre las huertas e vió a la Cava, fija del conde D. Julián, que estava en las huertas bailando con algunas donzellas: y ellas no sabían parte del rey, ca bien se cuydavan que dormía, e como la Cava era la más fermosa donzella de su casa, e la más amorosa en todos sus fechos, y el rey le avía buena voluntad, assí como la vió, echó los ojos en ella e como ella e otras donzellas jugaban, alzó las faldas pensando que no le veyá ninguno... E como la huerta era muy guardosa e cercada de grandes tapias, e allí do ellas andavan no las podían ver sino de la cámara del rey, no se guardavan, mas fazían lo que en plazer les venía assí como si fuesen en sus cámaras. E creció porfía entrellas desque una vez gran pieza ovieron jugado, de quién tenía más gentil cuerpo, e oviéronse a desnudar e quedar en pellotes apretados que tenían de fina escarlata, e parecíanse los pechos y lo más de las tetillas: e como el rey la miraba, cada vegada le parecía mejor e decía que no avía en todo el mundo [p. 49] donzella ninguna ni dueña que ygualar se pudiese a la su fermosura ni su gracia: el enemigo no esperaba otra cosa sino esto e vió que el rey era encendido en su amor: andávale todavía al oreja que una vegada cumpliesse su voluntad con ella.»

Viene a continuación una escena de galantería muy extraña, que pasó íntegra a los romances: «E así como ovieron comido, el rey se levantó y assentóse a una ventana. Y antes que se levantase de tavla, comenzó de meter a la reyna e a las doncellas su juego. E como las vió que jugaban, llamó a la Cava e dýxole que sacasse aradores de las sus manos . E la Cava fué luego a la ventana do el rey estava e hincó las rodillas en el suelo, y catávale las manos; y él como estava ya enamorado y en ardor, como le fallaba las manos blandas y blancas, y tales que él nunca viera a mujer. encendíase coda hora más en su amor.»

La Cava no opone gran resistencia al Rey, pero después de violada y escarnecida se aflige y avergüenza mucho, y comienza a perder su hermosura, con gran pasmo de todos, especialmente de su doncella Alquifa, a quien finalmente confía su secreto, y por consejo de la cual escribe a su padre una carta que luego ha sido parafraseada y amplificada de mil modos. El Conde jura vengarse, y urde su traición de concierto con el obispo D. Opas, hermano de su mujer doña Francina, y señor de Consuegra. La parte que podiéramos llamar historial de la conquista prosigue bastante ceñida al moro Rasis, si bien con grandes amplificaciones. La parte más original de la *Crónica de D. Rodrigo* es lo que se refiere a la suerte del Rey después de la batalla, de la cual sale «bien tinto de sangre y las armas todas abolladas de los grandes golpes que había recibido»: sus lamentaciones confusas y pedantescas, que no tienen la vivacidad que luego cobraron en el romance; su romántico encuentro con un ermitaño, y la áspera penitencia que hizo de sus pecados, conforme a la regla que aquel santo varón le deja escrita al morir tres días después de recibirle en su ermita; y cómo resistió a las repetidas tentaciones del diablo, que en varias figuras se le aparecía, tomando en una de estas apariciones el semblante del conde Don [p. 50] Julián, [1] y en otra el de la Cava; y cómo, finalmente, rescata todas sus culpas con el horrible martirio de ser enterrado vivo en un lucillo o sepultura en compañía de una culebra de dos cabezas, que le va comiendo por el corazón y *por la natura*. Cuando al tercer [p. 51] día sucumbe, las campanas del lugar inmediato suenan por sí mismas, anunciando la salvación de su alma. [1]

Divídese la llamada *Crónica de D. Rodrigo* en dos partes, pero, en rigor, solo la primera y los últimos capítulos de la segunda tienen relación con aquel Monarca. El personaje capital de la segunda es el Infante Don Pelayo, y en esta *Crónica* es donde se encuentran por primera vez, y muy prolijamente

narrados, la fabulosa historia de su infancia; los amores de su padre Favila con la Princesa Doña Luz; el secreto nacimiento del futuro restaurador de España, expuesto a la corriente del Tajo como nuevo Moisés, nuevo Rómulo o nuevo Amadís; el juicio de Dios, en que defiende la inocencia de doña Luz su encubierto esposo, y todo lo demás de esta sabrosa, aunque nada popular y nada original [p. 52] historia, a la cual dió nuevo realce en las postrimerías del siglo XVII la ingeniosa y pintoresca pluma del Dr. Lozano en su historia anovelada de los *Reyes nuevos de Toledo*, de la cual tomaron este argumento, Zorrilla para la leyenda de *La Princesa doña Luz*, que es de las mejores suyas, y Hartzenbusch para aquella transformación castellana del asunto trágico de Mérope, que llamó *La madre de Pelayo*, drama menos conocido y celebrado de lo que merece.

No existen romances viejos acerca del Rey Don Rodrigo: Los seis que admitió Wolf en su *Primavera* están tomados, o de la *Crónica general* o de la de *D. Rodrigo*, principalmente de esta última, y, por consiguiente, no pueden ser anteriores a la segunda mitad del siglo XV. Por el estilo pertenecen todos al siglo XVI, pero unos parecen juglarescos, y otros de poeta algo letrado. Muy rara vez añaden circunstancias poéticas al texto en prosa que van siguiendo, pero debe hacerse una excepción en favor del que comienza *Las huestes de D. Rodrigo desmayaban y huían*; donde, en vez de las fastidiosas declamaciones que la *Crónica* de Pedro del Corral pone en boca de Don Rodrigo, se leen aquellos animados y valientes versos:

Ayer era Rey de España,—hoy no lo soy de una villa,
Ayer villas y castillos,—hoy ninguno poseía;
Ayer tenía criados,—hoy ninguno me servía.
Hoy no tengo una almena—que pueda decir que es mía...

La concentración lírica de este pasaje, así como la rapidez descriptiva de aquel otro fragmento del mismo romance:

Iba tan tinto de sangre,—que una brasa parecía;
La espada lleva hecha sierra,—de los golpes que tenía;
El almete, de abollado,—en la cabeza se hundía...

muestran el partido que podían haber sacado los poetas del material informe que el libro de Pedro del Corral les ofrecía; pero, fuera de estos felices rasgos y de algún otro, como el famoso «ya me comen, ya me comen», que debe su principal celebridad a la [p. 53] cita de Cervantes, la poesía adelantó poco sobre la crónica, o más bien fué un mero eco de ella, si bien los autores de romances tuvieron el talento de simplificarla, de condensar sus rasgos expresivos, y por consiguiente, de mejorarla.

En el *Romancero*, de Durán, donde, como es sabido, no se guarda más orden que el de géneros y asuntos, apareciendo mezclados lo popular, lo juglaresco, lo erudito y lo artístico, llegan a veinticinco los romances de Don Rodrigo, incluyendo los de fines del siglo XVI, algunos de los cuales tienen autor conocido; por ejemplo, los de Gabriel Lobo Laso de la Vega. Estos romances, [1] cuando no proceden de una u otra de las dos crónicas mencionadas, son puras amplificaciones líricas, a veces de notable mérito, como el que empieza *Cuando las pintadas aves*, y todavía más este brillante principio de uno que figura en la *Rosa española*, de Timoneda:

Los vientos eran contrarios,—la luna estaba crecida,
Los peces daban gemidos—por el tiempo que hacía,
Cuando el Rey Don Rodrigo—junto a la Cava dormía,
Dentro de una rica tienda—de oro bien guarnecida.
Trescientas cuerdas de plata—la su tienda sostenían;
Dentro había cien doncellas—vestidas a maravilla;
Las cincuenta están tañendo—con muy extraña armonía;
Las cincuenta están cantando—con muy dulce melodía;
Allí hablaba una doncella—que Fortuna se decía... [2]

En el siglo XVI esta tradición alcanzó su forma clásica, penetrando en todos los géneros de literatura. Graves historiadores, [p. 54] como Ambrosio de Morales, la aceptaron, principalmente por el peso que la daba la autoridad del arzobispo D. Rodrigo, pero absteniéndose cuerdamente de engalanarla con los atavíos novelescos que tiene en la *Crónica de D. Rodrigo*. El P. Mariana, que escribía la historia como artista y cuidaba más del gran estilo que de la puntualidad histórica, manifestó ciertas dudas sobre el palacio encantado de Toledo y otros pormenores («algunos tienen todo esto por fábula, por invención y patraña: nos ni la aprobamos por verdadera ni la desechamos como falsa»); pero no tuvo reparo en valerse, para su elegantísima narración de los [p. 55] amores de la Cava, del libro apócrifo de Pedro del Corral, dándonos, como él, aunque en locución muy diversa, el texto de la carta en que la triste heroína notificó a su padre la deshonra. [1]

Fray Luis de León hizo resonar en la lira de Horacio las imprecaciones contra el injusto forzador, siguiéndole a mucha distancia Francisco de Medrano, autor de una segunda *Profecía del Tajo*. Y, finalmente, este asunto, tan traído y llevado, tuvo el privilegio de ser el único de nuestra historia nacional que pasó al primitivo Teatro español. La única pieza de este género que puede citarse antes de las de Juan de la Cueva, es la *Historia de la gloriosa Santa Orosia, compuesta por el bachiller Bartolomé Palau, natural de Bargáguena, la cual es una historia muy sentida y apacible para representarse*. [2] Esta *Historia* es, en rigor, una comedia de santos, escrita seguramente para ser representada en Jaca; pero en ella intervienen como personajes episódicos el Rey Don Rodrigo, el conde D. Julián, la Cava y el moro Muza. Es ensayo harto candoroso y de valor poético muy exiguo, pero de bastante acción para lo que entonces se estilaba, y versificada con soltura en algunos trozos.

Continuaba leyéndose la antigua *Crónica de D. Rodrigo*; pero [p. 56] como su lenguaje empezaba a aparecer arcaico, y además iba menguando la afición a los libros de caballerías, próximos ya a sucumbir bajo la sátira de Cervantes, no faltó quien tratase de sustituir aquella leyenda con otra de más pretensiones históricas y más acomodada al gusto de la época. Esta nueva ficción tuvo un carácter de mala fe y de impudencia que no había tenido la primera. Un morisco de Granada, llamado Miguel de Luna, intérprete oficial de lengua árábica (lo cual acrecienta su culpa, a la vez que es indicio de la postración en que habían caído los estudios orientales en España), hombre avezado a este género de fraudes, y de quien se sospecha, por vehementes indicios, que tuvo parte en la invención de los libros plúmbeos del Sacro Monte, fingió haber descubierto en la biblioteca de El Escorial una que llamó *Historia verdadera del rey D. Rodrigo y de la pérdida de España...*, «compuesta por el sabio alcaide Abulcacim Tarif Abentarique, natural de la ciudad de Almedina en la Arabia Petrea», [1] y publicó esta supuesta traducción, haciendo alarde de sacar al margen algunos vocablos arábigos para mayor testimonio de su fidelidad. Este libro, disparatado e insulso, que como

novela está a cien leguas de la *Crónica Sarracina*, cuanto más de las deliciosas *Guerras de Granada*, que quizá el autor se propuso remedar, logró, sin embargo, una celebridad escandalosa, teniéndole muchos por verdadera historia, y suplantando enteramente a la poética relación de Pedro del Corral. Fué lástima que Lope de Vega prefiriese a Miguel de Luna como fuente para su comedia. De Luna precede el nombre de *Florinda*, no oído hasta entonces en España, y nada gótico ni musulmán tampoco, sino aprendido en algún poema italiano. De Luna la carta [p. 57] alegórica y poco limpia en que Florinda da a entender a su padre la desgracia que la había acontecido con el Rey; la cual, *traducida de lengua arábiga en castellana*, dice así:

«Entre muchas nuevas que hay dignas de memoria en este palacio, sólo ésta contaré por más notable ni jamás acontecida a Rey: y es que teniendo yo esta sortija que va dentro de esta caxa, con esta engastada esmeralda, sobre una mesa suelta y descuydada (joya de mí y de los míos tan estimada como es razón), cayó sobre ella el estoque real, y desgraciadamente la hizo dos pedazos, partiendo por media la verde piedra, sin ser yo parte de remedialla. Hame causado tanta confusión este desastre, qual jamás podría mi lengua significar en el discurso de mi vida. Padre mío muy querido, remedia mi mal si ser pudiere, porque en España yo no siento quien sepa remediallo. Mi madre queda no muy buena, y yo lo mismo, y Dios sea en su guarda: de Toledo, a tres de diziembre de la era de César de setecientos y cinquenta años.»

Lope versificó del siguiente modo esta carta:

La sortija de los lazos,
Que me diste, padre mío,
Cuya piedra verde envío,
Como veis, hecha pedazos,
Se me ha logrado muy mal;
Pues siendo tan casta y bella,
Por mis pecados, sobre ella
Cayó el estoque Real.
Es mi pena tan extraña,
Que, si no venís acá,
No entiendo yo quién podrá
Remediarme en toda España.
Padre, con esta sortija
Sin honra quedas y quedo.
Dios te guarde. De Toledo:
Tu desventurada hija.

Lo que no encuentro en Miguel de Luna, ni puedo atinar de dónde lo tomase Lope, puesto que, dado su respeto a la tradición [p. 58] no creo que lo inventase del todo, son las raras especies que cuenta D. Julián sobre la infancia de la Cava y los fatídicos anuncios de su destino:

... Porque en discurso de un año
Mudó el pecho de cien amas,
De dondequiera que iba,

Cuando ya en sus pies andaba,
O por ojo, o por caídas,
Volvía con mil desgracias.
Cuando el ama la enseñó,
Fué la primera palabra
España, y tras de ella dijo:
«Nací para mal de España.»
Seis años la tuve enferma,
Melancólica y turbada;
Porque decía que vía
Muertes, moros y fantasmas.
Jamás en sus blancas manos
Tomó género de armas
Que no se hiriese con ellas,
Cosa que en extremo espanta.
En mi mesa los cuchillos,
Rotos y sin punta andaban,
Y cerrados hasta el medio
Corredores y ventanas,
Porque un astrólogo dijo
Que de una torre muy alta
Se había de echar Florinda
En la ciudad de Malaca...

La tradición que enlaza el nombre de la Cava con una puerta de la ciudad de Málaga, era ya conocida en tiempo de Ambrosio de Morales: «He visto la puerta en el muro, que llaman de la Cava, y dicen quedó aquel nombre, habiendo salido por ella para embarcarse.» Pero el discreto Pedro Mantuano, [1] en sus [p. 59] *Advertencias a la Historia del. P. Mariana*, tiene por más verosímil que la puerta (que era arábiga y de azulejos de colores) se llamó así porque tenía delante una cava o foso. [1] Miguel de Luna, que, por excepción, cuenta la muerte de la Cava más poéticamente que Pedro del Corral, quien la hace sucumbir en Ceuta por haberse clavado una espina de pescado en la mano derecha que se le gangrenó de resultas, aprovechó la tradición [p. 60] local malagueña para hacer que la Cava pusiese fin a sus días arrojándose de una torre de aquella ciudad. [1] Lope de Vega adoptó la misma versión, contenida en el capítulo XVIII del falso Abentarique:

«Con esta imaginación (engañada del demonio) determinó entre sí de morir desesperada, y un día se subió a una torre, cerrando la puerta della por dentro, porque no fuese estorbada de aquel hecho que quería hacer, y dixo a una dama suya que le llamase a su padre y madre, que les quería dezir un poco: y siendo venidos, desde lo alto de aquella torre les hizo un razonamiento muy lastimero, diziéndoles al fin dél que mujer tan desdichada como ella era y tan desventurada, no merecía vivir en el mundo con tanta deshonra, mayormente habiendo sido causa de tanto mal y destrucción: y luego les dixo: «Padres, en memoria de mi desdicha, de aquí en adelante no se llama esta ciudad Villaviciosa, sino Malaca: hoy se acaba en ella la más [p. 61] »mala mujer que hubo en el mundo.» Y acabadas estas palabras, sin más oír a sus padres, ni a nadie de los que estaban presentes, por muchos ruegos que la hizieron y amonestaciones que no se echase abaxo, se dexó caer en el suelo: y llevada media muerta,

vivió como tres días, y luego murió. Su madre cayó amortecida en aquel instante en el suelo de su estrado; y el conde Don Julián fué tan grande el pesar que recibió de su querida hija Florinda, que de pura imaginación, entendiendo que aquel caso le era castigo de Dios... vino a enloquecer, y a perder el juicio: y estando de esta manera, un día se metió él mismo con sus manos un puñal por los pechos, y cayó muerto... Fué causa este desastre y desesperación de mucho escándalo y notable memoria entre los Moros y Christianos: y desde allí adelante se llamó aquella ciudad Málaga corruptamente por los Christianos, y de los árabes fué llamada Malaca.»

Lope de Vega difiere sólo en lo que toca a la muerte del Conde, puesto que le hace asistir todavía a la batalla de Covadonga, y después de la derrota, ahorcarse como Judas.

Nada nuevo nos descubrió Abentarique sobre el paradero de Don Rodrigo, y, por consiguiente, en esta parte tuvo Lope el buen acuerdo de tejer la escena de la fuga del Monarca con referencias a los romances más conocidos, y que el público repetiría de coro:

Ayer era Rey de España,
Hoy, por mi desdicha extraña,
No tengo un palmo de tierra.
Del cielo ha sido el castigo;
Sin remedio y sin amigo,
De polvo y sangre cuajado,
De las batallas cansado
Se sale el Rey Don Rodrigo.
.....
La cabeza sin almete,
Y el arnés todo rompido...

La sustitución de un ermitaño por un pastor o un villano, en el primer encuentro de Don Rodrigo con alma viviente, después [p. 62] de la batalla, ha de referirse también a Miguel de Luna, que refiere cómo andando por las sierras Tarif y los suyos, «encontraron con un pastor, el qual estava vestido con los vestidos del rey D. Rodrigo... y siendo reconocido por el conde D. Julián, se deshizo el engaño en que estaban puestos, y examinado el pastor (como buen rústico que era, de pocas palabras y menos razones), les dixo que no sabía más de que estando apacentando su ganado en aquella sierra, llegó a él un hombre cavallero en un cavallo muy fatigado, y cansado, al parecer, con aquel vestido que él traía encima, el qual, con el gesto airado, le mandó que se desnudase sus zamarros, y los tomó, y aviéndose él desnudado se los vistió, y le mandó al pastor que se vistiese aquel vestido suyo: y le preguntó si tenía algún bastimento, y el pastor le dió de lo que al presente tenía, y tomándole el cayado de la mano, le mandó que le guiasse al camino; y guiado, tomó una ladera arriba, y subió por ella hasta que le perdió de vista, y que no sabía más otra cosa».

Lope abandona a Don Rodrigo al fin de la segunda jornada, pero enlaza de un modo muy épico la jornada del Guadalete con la de Covadonga, para la cual reserva el castigo de los grandes traidores, como el conde D. Julián y el arzobispo D. Opas (Orpaz). Aquí volvió Lope a su texto favorito, la *Crónica general*, cuyos autores, según su costumbre, traducen y amalgaman al arzobispo D. Rodrigo y a D. Lucas de Túy, los cuales, a su vez, habían tomado del cronicón leonés, llamado por unos de

Alfonso III *el Magno* , y por otros de Sebastián de Salamanca, toda la parte pintoresca y dramática de la escena, especialmente las palabras que atribuyen a Opas y a Don Pelayo.

Tal es el origen remoto de la bella escena de la comedia de Lope, en que Pelayo increpa al apóstata metropolitano, y rechaza sus palabras *mansas e falagueras* :

Pon silencio, traidor, a tus maldades;
Vé a predicar como alfaquí a tus moros... [1]

[p. 63] Figuran episódicamente en este tercer acto otras tradiciones que se enlazan con la restauración de la monarquía visigoda: la traslación de las reliquias de Toledo por el arzobispo Urbano (que dió materia después al segundo acto de *La Virgen del Sagrario* , de Calderón), y la persecución amorosa de la hermana de Don Pelayo por un moro gobernador de Gijón, a quien Lope llama caprichosamente Abraydo; la *general*, Numancio, y el Tudense y D. Rodrigo, Munuza. El personaje es histórico, puesto que su nombre y su derrota y muerte constan en los cronicones de Sebastián y de Albelda; pero el cuento fabuloso de sus amores no aparece sino muy tardíamente en las páginas de D. Lucas de Túy y del arzobispo D. Rodrigo, [1] y probablemente nació [p. 64] de algún recuerdo confuso de la trágica historia que el Pacense nos cuenta del otro Munuza, gobernador de la Septimania, y de su amada Lampegia, hija de Eudón, duque de Aquitania.

A la supuesta hermana de Don Pelayo, que en las crónicas antiguas no tiene nombre, y a la cual los modernos poetas trágicos han llamado comúnmente Hormesinda (nombre que llevó realmente la hija de Don Pelayo, casada con Alfonso *el Católico*), y Jovellanos, por excepción, *Dosinda* (apoyado en la frágil autoridad de un privilegio alegado por el invencionero cronista de Cantabria, Fr. Francisco Sota), la bautizó Lope con el caprichoso y poco eufónico nombre de *Solmira*. En todo lo demás siguió libremente a la *General*, poniendo en escena el paso de Don Pelayo por la profunda corriente del Píoña para burlar la persecución de sus enemigos y refugiarse en el valle de Cangas:

«E Don Pelayo entonces era en una aldea que dezien Brete, e acogiose a un cavallo: e metióse a nado por un río que dizen Pionia, e pasóse de la otra parte, e alzóse en un monte, e los Moros que venien empos dél por alcanzarlo, quando lo vieron llegar al río, e lo vieron ir grande, no osaron acometer para lo pasar.»

Esta comedia de Lope contiene, como se ve, mucha materia épica, pero apuntada más bien que desarrollada. Grillparzer dice, con razón, que no parece un drama hecho, sino el plan de un drama futuro, o más bien una serie de apuntes para escribirle. Todo es en él atropellado e informe. Sólo merecen consideración algunas escenas que tienen agradable sabor de poesía [p. 65] lírica popular: por ejemplo, el canto y zambra de los moros en la noche de San Juan:

Vamos a la playa,
Noche de San Juan,
Que alegra la tierra
Y retumba el mar.
En la playa hagamos
Fiestas de mil modos,

Coronados todos
De verbenas y ramos
A su arena vamos,
Noche de San Juan,
Que alegra la tierra
y retumba el mar;

y el cantarcillo final que celebra la coronación del Rey Don Pelayo con el estribillo «Para bien amanezca el sol»:

Bendígale España
Y guárdele Dios
El sol de Pelayo,
Gran restaurador,
De Asturia y Galicia,
Castilla y León:
El que mata moros
Con sólo su voz,
Más que ellos cristianos
Con tanto escuadrón;
El que de Toledo,
A San Salvador
Trajo las reliquias
De nuestro Señor,
Coronado llega
Con gran devoción,
Donde ya le espera
La iglesia mayor.

Bendígale España
Y guárdele Dios:
Darále el Obispo
La su bendición;

[p. 66] Niños y mujeres,
Hijas más de dos,
Mozas en cabellos
Van de otras en pos,
De órganos y flautas
Bailarán al son;
Irán las casadas
Y dueñas de honor,
A besar la mano
Al Rey su señor;
Casaráse luego
Con dama de Don.
¡Dichosa quien goza

Tan lindo infanzón! [1]

Para terminar esta noticia, apuntaremos brevemente las principales manifestaciones literarias que después de Lope han [p. 67] tenido las leyendas relativas a la pérdida de España y a los comienzos de su restauración.

No contaré entre ellas las absurdas y nada poéticas patrañas de los falsos cronicones forjados en el siglo XVII, tardíos productos de una erudición bastarda y de una imaginación tibia y apocada. No perturbemos, pues, en el sueño en que, a Dios gracias, yacen, ni al *Luitprando* de Román de la Higuera, comentado y amplificado por Ramírez de Prado, ni al *Cronicón de D. Servando*, que se titula nada menos que «confesor de los Reyes Don Rodrigo y Don Pelayo», y anda de letra de mano, traducido al gallego con nombre de D. Pedro Seguino, obispo del siglo XII. En este chistoso documento, que viene a ser una especie de nobiliario, forjado, al parecer, por dos hidalgos Boanes de la ciudad de Orense, muy picados de la vanidad linajuda, y acrecentado y prohijado por el gran falsario Pellicer, su autor habla como testigo de vista de las cosas que había en la torre encantada de Toledo, donde penetró en compañía de su penitente Don Rodrigo, a quien cuelga no sólo amores con la Cava, sino también con su madre. [1]

[p. 68] Abierto el cauce a nuevas ficciones, revueltas con las antiguas, todas ellas confluyeron en las historias locales, de las cuales podría servir como tipo para el caso la de Toledo, por el conde de Mora (1654-1663), si no le aventajase mucho en talento narrativo y en gala de fantasía el popularísimo doctor Lozano, cuyos *Reyes nuevos de Toledo* (1667) han hecho por más de un siglo las delicias del pueblo español, juntamente con su *David perseguido* y sus *Soledades de la vida*. Estos libros, que entre los eruditos es de mal tono citar por lo vulgarísimos que son, sirvieron de cadena a la tradición romántica, que en gran parte merced a ellos, y no por fuentes más puras y antiguas, se comunicó a los poetas del último renacimiento español, y muy en particular a Zorrilla. El doctor Lozano, que dió su libro por historia, pero que de todo se cuidaba menos de eso, reunió lo más extravagante y maravilloso que pudo encontrar en la *Crónica Sarracina*, en Abulcacim Tarife, en el apócrifo arcipreste Julián Pérez, en el conde de Mora, en Julián del Castillo, autor de una disparatada *Historia de los Reyes godos que vinieron de Scitia* (1582), y en otros documentos de igual o parecido crédito, y con todo ello dió nueva primavera a las historias de doña Luz y de la Infanta Galiana, y a la topografía de la famosa *cueva* de Toledo; que cueva había empezado a ser desde los tiempos de Miguel de Luna, aunque los cronistas anteriores no hablasen de esta disposición subterránea, limitándose a llamarla casa, torre o palacio. El emplazamiento de esta cueva se debe a la mucha erudición y perspicacia del conde de Mora y de Lozano, que, aunque dicen que estaba cerrada, hablan de ella como si la hubiesen visto por dentro:

[p. 69] «Yaze esta cueva y el principio de ella en la Iglesia Parroquial de San Ginés, casi en lo más alto de la ciudad. Tiene la puerta por dentro de la misma iglesia, la qual hoy permanece cerrada por haberse así dispuesto por muchas y justas causas. Va la cueva por debaxo de tierra tan dilatada y larga, que no sólo coge el espacio que hay hasta el cabo de la ciudad, sino que sale de ella por término de tres leguas. Su fábrica es magnífica, notable y primorosa, compuesta de muchos arcos, pilares y colunas, y adornada toda de labradas y menudas piedras... Sobre quien labró esta cueva hay varios pareceres... Mas con toda brevedad sentaremos por fixo que Túbal la dió principio, y Hércules el famoso la reedificó y amplió, sirviéndose de ella como de Real Palacio, y leyendo allí la

Arte Mágica... A una manga o cabo de esta cueva, si bien los Autores varían el sitio, como tan gran Mágico, hizo labrar Hércules un palacio encantado, en que puso ciertos lienzos y figuras con algunos caracteres, alcanzando por su ciencia, que había de verse España destruída por aquella gente bárbara y extraña.»

Los pormenores de la entrada de Don Rodrigo en la cueva se habían ido enriqueciendo cada día más, hasta parar en la novelesca pluma del buen Lozano. Véase una muestra, para no detenernos más en libro tan corriente:

«Llegaron a una quadra muy hermosa, labrada de primoroso artificio, y en medio della estaba una estatua de bronce, de espantable y formidable estatura, puestos los pies sobre un pilar de hasta tres codos de alto, y con una maza de armas que tenía en las manos, estaba hiriendo en la tierra con fieros golpes, moviendo con esto el ayre, y causando el espantoso ruido que aturdió y amedrentó a los que entraron primero.»

En esta degeneración de la leyenda se mezclan elementos muy diversos. Según el Sr. Amador de los Ríos, la *Cueva de Hércules* no era más que la cripta de un templo romano. De todos modos, la aplicación de este nombre clásico se hizo ya en la Edad Media.

En las covas de Ércoles avran
Muy grande liz aplazada...

[p. 70] dice Ruy Jannes en el *Poema de Allonso XI*, que es del siglo XIV. Y Pero Días de Games, el cronista de D. Pedro Niño, cuenta en su *Victorial* (1431-1435), aunque con muestras de incredulidad, que Hércules edificó en Toledo una gran casa, de dos naves, con puertas de fierro y cerrojos. Cada sucesor añadía uno. Pero Don Rodrigo la abrió, y en vez de los tesoros que esperaba, encontró tres vasijas con una cabeza de moro, una langosta y una serpiente. [1]

Lo de suponer que en la cueva se enseñaban artes mágicas, es leyenda sobrepuesta, nacida de la celebridad que desde el siglo XII tuvo Toledo como escuela de nigromancia, celebridad que a su vez era consecuencia del gran movimiento intelectual promovida en aquella ciudad en tiempo del arzobispo D. Raimundo por su célebre escuela de traductores de libros orientales, entre los que había algunos de astrología y otras ciencias misteriosas o poco sabidas en Occidente. La imaginación popular, que siempre había considerado las cavernas como teatro de vocaciones *goéticas* (recuérdese la cueva de la Sibila, el antro de Trofonio, etc.), localizó esta enseñanza en un subterráneo («nefando gimnasio», que dice el P. Martín del Río), contribuyendo a ello circunstancias topográficas, puesto que el monte que sirve de asiento a la ciudad de Toledo casi todo está hueco. Estas cuevas naturales, o algún edificio ruinoso por donde se penetrara en ellas, contribuirían al desarrollo de la ficción, que encontramos ya en el bellísimo apólogo de D. Illán y el deán de Santiago, que trae D. Juan Manuel en *El Conde Lucanor*: «Tenía el deán muy gran voluntad de saber el arte de la nigromancia, y vínose ende a Toledo para aprender con D. Illán. Y D. Illán, después que mandó a su criada aderezar unas perdices, llamó al deán, e entraron amos por una escalera de piedra muy bien labrada, [p. 71] y fueron descendiendo por ella muy grand pieza en guisa que parecían tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos. E desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí avía, do estaban los libros y el estudio en que avían de leer.»

Cuenta Lozano que el arzobispo Siliceo, deseoso de poner término a las hablillas del vulgo, mandó registrar la cueva, y que los exploradores toparon unas estatuas de bronce, una de las cuales, «que sobre su pedestal estaba severa y grave», se cayó con grande estrépito, llenándolos de terror. Con esta última visita, a la cual siguió la clausura de la cueva, hubieron de cobrar más crédito los antiguos rumores, que en la mente de los historiadores locales se enlazaron con la leyenda arábica, la cual, como hemos visto, se remonta al siglo IX.

La fabulosa historia de Don Rodrigo pasó del teatro nacional al teatro latino de colegio en la tragedia *Rodericus Fatalis*, del agustino Fr. Manuel Rodríguez (Lovaina, 1631). Este drama, tan curioso como poco leído, demuestra en su autor notable talento de estilo, aunque nada ofrece de nuevo respecto del plan, que tiene una regularidad clásica enteramente opuesta al desorden de la comedia de Lope. El *Rodericus Fatalis* se divide en cinco actos. En el primero, Rodrigo vence a Vitiza y le saca los ojos. En el segundo, se enamora de Florinda y la viola. En el tercero, hace abrir el palacio encantado; y el conde D. Julián, sabedor de la afrenta de su hija, prepara la venganza. En el cuarto, los moros vencen a Rodrigo y se apoderan de España. En el quinto, los mismos árabes castigan con la muerte a los traidores. La latinidad de esta pieza es blanda, mimosa, suavemente amanerada, con cierta morbidez erótica que no deja de sorprender en la pluma de un religioso. [1]

[p. 72] Al siglo XVII pertenece también un poema portugués en nueve cantos, de Andrés da Silva Mascarenhas: *A destruição de Hespanha, e Restauração summaria da mesma* (Lisboa, 1671), que [p. 73] es sin disputa uno de los más fastidiosos de su género. El autor recurre con frecuencia a lo maravilloso, pero no hace más que plagiar pobremente las *Metamorfosis*, de Ovidio. Uno de los compañeros de Don Rodrigo se transforma en árbol, otro en fiera, una doncella en ave; al fin todos recobran su forma primitiva. Don Rodrigo, después de la derrota, hace muy austera penitencia, y muere en una cueva cerca de Viseo, en el sitio donde se fundó después la ermita de San Miguel. La versificación, que es muy floja, tiene además la gracia de estar llena de versos [p. 74] agudos, para mayor variedad, según dice el autor en el prólogo. [1]

Nada hallamos que citar en el siglo XVIII sobre el postrer Rey godo de España, si se exceptúa alguna monstruosa comedia, como las dos de D. Manuel Fermín de Laviano, *Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo* y *El Sol de España en su oriente*, y toledano *Moisés*, sacadas de los *Reyes nuevos*, de Lozano; y el *Rodrigo*, [2] novela histórica del ex jesuíta Montengón, de quien dijo con acierto D. Alberto Lista que sólo le faltó escribir con más pureza el castellano para ser novelista muy estimable. De todos modos, el *Rodrigo*, que es la menos incorrecta de sus producciones, es también la única muestra del género histórico en la literatura del siglo XVIII, y uno de los pocos que en la novela española podían hallarse, desde el tiempo ya remoto de Ginés Pérez de Hita. No ha de contarse, sin embargo, entre los procedentes de la escuela de Walter Scott, por su falta absoluta de [p. 75] colorido arqueológico, sino que más bien pertenece al género sentimental y pseudo épico en prosa que entonces cultivaban en Francia el autor de *Los Incas* y el de *Numa Pompilio*, y que luego dió transitoria celebridad a Mad. Cottin y al vizconde d'Arlincourt.

Esta penuria poética del siglo pasado se compensa con creces en el actual, gracias a la revolución romántica; pero hay que confesar que el impulso vino de fuera. Los dos primeros poemas de este siglo que versan sobre las desventuras de Don Rodrigo, no son españoles, sino ingleses. Fué el primero *The Vision of Don Roderik*, de Walter Scott (1811), a la cual sirven de arrogante divisa

aquellas palabras de Claudiano:

*Quid dignum memorare tuis, Hispania, terris
Vox humana valet!*

Este poema de circunstancias merece ser recordado, más que por su valor intrínseco (que es secundario respecto de otras narraciones poéticas de su autor), por ser un homenaje del gran novelista escocés al heroísmo de nuestros padres en tiempo de la guerra de la Independencia. Apoyóse Walter Scott en la tradición del palacio encantado de Toledo para hacer pasar a los ojos de Don Rodrigo las futuras vicisitudes de la nacionalidad española, insistiendo más, como era natural, en los triunfos de los ejércitos aliados y en la resistencia popular contra la invasión francesa. No parece haber consultado, para la exposición de la leyenda, más libro que el de Miguel de Luna. [1] A éste también, y a Pedro del Corral, a quien equivocadamente llama Rasis, se atuvo Washington Irving en sus *Legends of the conquest of Spain* (1826).

[p. 76] No puede decirse lo mismo del *Roderick the last of the Goths*, poema en verso suelto y en 25 cantos, del laureado poeta Roberto Southey, una de las víctimas de lord Byron. [1] Era Southey persona doctísima en nuestra literatura e historia, como lo acreditan varias obras suyas, entre ellas sus *Cartas de España* (1797), sus refundiciones del *Amadís de Gaula* (1803), y del *Palmerín de Inglaterra* (1807), su *Crónica del Cid* (1808), su *Historia de la guerra de la Península* (1823). Se preparó, pues, concienzudamente para su tarea del modo que lo indican las notas de su poema, donde están apuntadas casi todas las fuentes, aun las menos vulgares, así históricas como fabulosas. Poseedor de una colección de libros españoles, que debía de ser muy rica a juzgar por las muestras, procuró aprovecharlos todos para dar color a su obra, y llenarla de mil curiosidades históricas y geográficas. Aunque la mayor reputación de Southey se funde hoy en sus obras en prosa, fué también excelente poeta, uno de los primeros de la escuela *lakista*; su *Don Rodrigo*, escrito con fuerza de imaginación y mucho vigor de estilo, es, sin disputa, el mejor de cuantos poemas se han compuesto sobre este argumento. Aparte de lo mucho que su curiosa erudición tomó de fuentes españolas, hay en esta narración grandes bellezas que le pertenecen a él solo, invenciones poéticas dignas de la mayor alabanza. En vez de la desatinada y grosera penitencia que Pedro del Corral y los romances atribuyen a Don Rodrigo, el héroe de Southey, después de cerrar los ojos al monje Romano que le había acogido en su ermita, y vivir en soledad un año entero, macerando su cuerpo y purificando su espíritu, toma sobre sí la grande y desinteresada empresa de contribuir a la restauración de la monarquía visigótica en provecho ajeno, busca y encuentra en Pelayo al [p. 77] héroe providencial que habla de dar cima a la empresa, hace a su lado prodigios de valor en la batalla de Covadonga, y desaparece después del triunfo, reconociéndole tardíamente los cristianos por sus armas y caballo. En esta obra, de cristiana y generosa poesía, la regeneración moral no alcanza solamente a Don Rodrigo, sino al mismo conde D. Julián y a su hija, que mueren en una iglesia de Cangas, perdonando a Don Rodrigo y recibiendo su perdón. [1]

[p. 78] Seguramente, el ejemplo de estos poemas ingleses sirvió de estímulo a tres ingenios españoles, emigrados todos tres en Inglaterra después de 1823. El primero de ellos hasta escribió en inglés su leyenda, como casi todas sus obras en prosa y verso. Me refiero al santanderino D. Telesforo de Trueba y Cosío, que en un libro muy célebre en su tiempo, y que alcanzó la honra de ser traducido al francés, al alemán y al ruso, amén de la nativa lengua del autor, *The Romance of history*

of Spain (1830), popularizó en Inglaterra la mayor parte de nuestras leyendas, ilustrándolas con fragmentos de romances traducidos por Lockhart, el yerno de Walter Scott. Las dos primeras leyendas de Trueba versan sobre Don Rodrigo y Don Pelayo, y llevan los títulos de *The Gothic King* y *The Cabern of Covadonga*. Para escribir la primera no tuvo a la vista más que el *Romancero*, y una historia cualquiera de España, probablemente la del P. Mariana; pero introdujo un final de su propia invención, haciendo morir a Don Rodrigo a manos del irritado conde D. Julián después de la batalla del Guadalete, y poniendo en boca de Florinda una lamentación sobre el cadáver de su amante. [1] En ésta, como en casi todas las leyendas de Trueba, la narración es buena, el diálogo débil.

Tres años después de *La España novelesca*, de Trueba, apareció la *Florinda*, de D. Ángel de Saavedra, escrita mucho antes, en 1826, en la isla de Malta, cuando el poderoso numen del futuro duque de Rivas oscilaba todavía entre la disciplina clásica y las novedades románticas. Predomina el clasicismo en este breve poema, compuesto en lozanísimas octavas, con reminiscencias del Tasso en algún episodio de carácter idílico; pero tiene más de leyenda de amores que de canto épico, y se distingue, [p. 79] entre todas las obras compuestas sobre este tema, por la novedad de presentar locamente enamorada a Florinda de su regio seductor, hasta el punto de atravesarse en el final combate, encubierta con la guerrera armadura, entre él y su padre.

No sabemos que hasta 1840 fuese publicado (en Londres y en París simultáneamente, por el librero D. Vicente Salvá) el delicioso poema humorístico *Don Opas*, compuesto, también en octavas reales, por D. José Joaquín de Mora, que cierra con él el volumen de sus *Leyendas españolas*. *Don Opas* es una bufonada saladísima, aunque algo irreverente por tratarse de asunto histórico tan famoso; y el poeta da libre rienda a su estro satírico en una porción de digresiones políticas, morales y literarias, al modo de las del *Don Juan*, de Byron, que el mismo Mora imitó años después con no poco chiste. Algunos finales de octavas son tan felices, que merecen quedar como proverbios.

Puesto que Don Rodrigo había vuelto a ser héroe de poemas serios y jocosos, tiempo era ya de que volviese a ocupar las tablas del teatro. Apareció primero en una adocenada tragedia clásica de D. Antonio Gil de Zárate (*Rodrigo*), no impresa hasta 1838, porque en 1825 no había permitido su representación el famoso censor P. Carrillo, dando por razón que no parecía de buen ejemplo presentar en escena «reyes tan enamorados de las muchachas». De 1839 data *El Conde D. Julián*, interminable drama romántico *en siete cuadros y en verso*, del vate aragonés D. Miguel Agustín Príncipe, que le escribió con la singular idea de vindicar al padre de la Cava, a D. Opas, a los hijos de Witiza, y a todos los demás personajes a quienes tradicionalmente se atribuye la pérdida de España, cargando, por el contrario, toda la culpa a los judíos; en lo cual parece que siguió las huellas del falsario D. Faustino de Borbón, autor de unas *Cartas sobre la España árabe*, publicadas en 1796. Pero la tesis de Príncipe es más radical, y tanto, que llega a ponerla en boca del mismo don Julián, haciéndole exclamar como en profecía: «*Miente la tradición, miente la historia.*»

Poco aplauso tuvieron estas tentativas, y en verdad no merecían [p. 80] mucho; pero el desventurado Monarca godo triunfó en su tercera encarnación dramática, es a saber, en dos cuadros trágicos de Zorrilla, *El Puñal del Godo* (1842) y *La Calentura* (1847), popularísimos los dos, singularmente el primero, hasta el punto de no haber apenas español que no guarde en la memoria sus principales versos, por haber sido continuamente repetidos en los teatros de aficionados, a lo cual se prestaban las breves dimensiones de la pieza y el no haber en ella papel de mujer. Sobre los orígenes de *El*

Puñal del Godo se ha formado una especie de leyenda literaria, creyéndose por muchos que este drama en miniatura fué improvisado en pocas horas a consecuencia de una apuesta. El mismo Zorrilla, en las entretenidas, pero muy poco seguras memorias que escribió con el título de *Recuerdos del tiempo viejo*, [1] cuenta a su manera la historia de *El Puñal*, afirmando que lo escribió en dos días, y sin más preparación que haber abierto al azar la *Historia* del P. Mariana, leyendo allí las pocas líneas que dedica al paradero del último Rey goda. Algo de verdad puede haber en esto, y sería temerario y de mal gusto negar el crédito en estas cosas a quien parece que debía saberlas mejor que nadie; pero tengo motivos para sospechar que Zorrilla, aquí como en otras partes de sus *Recuerdos*, cedió a la manía romántica de suponerse más ignorante de lo que era y desacreditar sus propias obras como abortos de una improvisación desenfundada. Poco importa, en rigor, que *El Puñal del Godo* se escribiese en dos días o en quince, pero lo que resulta claro es que su autor había leído algo más que la *Historia* del P. Mariana antes de escribirle. La fuente inmediata y directa, pero no confesada jamás por Zorrilla, sin duda por flaqueza de memoria, fué el *Roderick*, de Southey, que quizá no habría leído en su texto original, pues que él no sabía inglés, a lo menos en aquella fecha, pero de cuyo argumento hubo de tener cabal noticia por medio de cualquier amigo suyo literato de los que conocían y aun escribían aquella lengua, Villalta, por ejemplo, o el mismo Espronceda. [p. 81] La imitación es notoria, aunque muy libre y muy poética, y empieza desde la primera escena con la llegada del fugitivo Rey a la cabaña del monje Romano. Zorrilla dice que le bautizó con este nombre por mero capricho, pero no hay tal cosa. El monje Romano está en Southey, que a su vez le había tomado del obscurísimo poema portugués de Andrés da Silva Mascarenhas;

Hum monge veo alli por derradeiro
A conhecer quem era, ouvindo os brados
Que o disfarçado Rey aos ares dava:
Este monge Romano se chamava.

No está en Southey la parte fatalista del drama, la superstición del fatídico puñal unido a la suerte de Don Rodrigo, ni la muerte trágica del conde D. Julián; pero está la resolución de Don Rodrigo de redimir sus culpas volviendo disfrazado y sin nombre al campo de batalla; su aparición y sus proezas en Covadonga; y, finalmente, la muerte de Florinda en brazos de Don Rodrigo y perdonándole.

Nada de esto puede amenguar la gloria de nuestro Zorrilla, que tenía sin duda más genio poético que Roberto Southey, aunque fuese menos reflexivo y estudioso que él. Al concentrar enérgicamente los principales rasgos del poema inglés, los transformó de tal manera que los hizo suyos, alcanzando a borrar la huella de su origen. Y a nadie debió más que a sí mismo la noble y robusta locución poética con que los hizo resonar en los oídos y en el alma del pueblo castellano, volviendo a España lo que de España procedía, y reincorporando en nuestra tradición un fragmento desgajado de ella.

La catástrofe de la monarquía visigoda no había logrado digna representación en la novela hasta que en 1843 el grande historiador peninsular de nuestro siglo, Alejandro Herculano, compuso su *Enrico el Presbítero*, especie de poema en prosa, lleno de raptos líricos y de efusiones sentimentales contra el celibato eclesiástico; pero que, prescindiendo de esta parte de [p. 82] retórica romántica ya trasnochada, contiene altísimas bellezas épicas, como solamente podía producirlas quien tenía tan hondo sentido de la poesía de la historia y tanto había penetrado en el alma de la Edad Media. Sirva de ejemplo la valiente descripción de la batalla que Herculano llama del Chryssus, y antes se llamaba

del Guadalete, y hoy suele decirse de Medina-Sidonia o del lago de la Janda; o en otro género, el episodio de las monjas que cruentemente sacrifican su hermosura para salvarse de la brutalidad de los musulmanes. [1] Una cosa hay que tildar en este libro (aparte de otras más graves, pero que no son de este lugar): el carácter exótico y algo pedantesco que comunica a sus páginas el empeño de conservar en su forma primitiva los nombres visigóticos y árabes, así de personas como geográficos, y también de armas, de vestidos, de oficios militares y civiles, etc., con lo cual, a trueque de un falso barniz arqueológico, se dificulta hartas veces la inteligencia de cosas muy conocidas, llamando, verbigracia, *esculcas* a los centinelas, *stringe* a la túnica, *amículo* al manto, *ephippia* a la silla del caballo, y llenando el relato de *gardingos*, *tiuphados* y *buccellarios*. Este género de exactitud es necesario en la historia, como lo probó Agustín Thierry con excelentes razones, y además con la brillante aplicación que de ella hizo en todos sus trabajos sobre la Edad Media; pero en una obra de imaginación como el *Eurico*, hubiera convenido un justo medio para no exigir de la atención del lector esfuerzos que pueden ser contrarios a la unidad de la emoción estética.

Además de las muchas obras, relativas a la pérdida de España, en que interviene Don Pelayo como personaje episódico (contándose entre ellas la misma novela de Herculano), hay desde antiguo una serie especial de producciones consagradas a este héroe y a su victoria de Covadonga. Todas ellas son de índole erudito; no hay romances sobre este argumento: el que [p. 83] trae Luis Alfonso de Carvallo en su *Cisne de Apolo* (1602), [1] es seguramente composición del mismo Carvallo, afectando lenguaje antiguo, con poca habilidad por cierto. Pero hubo, en cambio, poemas en octavas reales, frías composiciones de escuela, indignas de la grandeza del argumento. Quizá la peor de todas sea la más antigua, es a saber, *El Pelayo* del doctor Alonso López Pinciano, [2] a pesar del gran nombre que este autor tiene y merece como preceptista y aun como iniciador de la moderna filosofía del arte en su profundo comentario sobre la *Poética*, de Aristóteles. Pero, como tantos otros maestros de estética, fué mucho más feliz en la teoría que en la práctica. Su poema es de los más insulsos y fastidiosos que pueden encontrarse, y la indigesta erudición histórica y geográfica de que en él se hace alarde, no basta a compensar la falta de interés en la narrativa y lo flojo y desmadejado del estilo.

Mucho más vale, sin ser obra maestra ni mucho menos, *La Restauración de España*, de Cristóbal de Mesa, [3] poeta algo seco y frío, pero de buen gusto y algún ingenio, y en cuyas obras se trasluce el fruto que había sacado de la amistad con que le honró Torcuato Tasso. Nuestro incomparable bibliógrafo Gallardo, que hizo un minucioso análisis de este poema, extractando sus trozos principales, reconoce los defectos de la obra, que son los habituales en esta clase de libros, pero elogia el mérito poético de algunos trozos, que realmente se dejan leer con gusto, tales como la arenga de Pelayo a sus soldados, el vaticinio que hace al moro Alcamán el genio del río Deva, y, sobre todo, la entrevista de [p. 84] Pelayo con el solitario Celidón y la pintura de la cueva, donde le recibe y alberga. De este último pasaje dice con razón Gallardo que tiene un saber patriarcal y romántico muy sabroso, y así debió de parecérselo a Southey, puesto que, además de citarle en las notas de su *D. Roderick*, le imitó en el texto, mejorándole mucho. Por lo demás, este poema, como todos los de Cristóbal de Mesa, está plagado de reminiscencias (cuando no son verdaderos plagios) de Virgilio y del Tasso, y coincide con el del Pinciano en la desatinada idea de hacer que Pelayo emprenda un viaje a Palestina sólo para dar pretexto a impertinentes enumeraciones geográficas.

Ha hecho notar Ticknor que durante el siglo XVII fueron más escasos que en el anterior los poemas

históricos de asunto nacional, lo cual atribuye, con razón a mi juicio, al triunfo que había alcanzado la forma dramática nacional, en la cual nuestra tradición histórica vino a incorporarse. Entre las raras tentativas épicas de esa centuria, merece especial aprecio, por su extensión y por su forma de crónica rimada, que abraza una gran parte de los anales de Castilla y Portugal, no menos que por el valor romántico de algunas de las leyendas que incluye, y sobre las cuales ya tendremos que insistir en estas advertencias, la *Hespaña libertada*, compuesta en castellano por la poetisa portuguesa doña Bernarda Ferreira de Lacerda, [1] grande amiga y panegirista de Lope. El primer canto y parte del segundo de este poema se refieren a Don Pelayo, sin omitir el cuento de su hermana y de Munuza.

La musa épico-erudita, abundante aunque infeliz, del siglo XVIII, abortó un nuevo *Pelayo* en 12 cantos y en octavas reales: su fecha, 1754; su autor, el conde de Salduña D. Alonso [p. 85] de Solís Folch de Cardona. El estilo es enfático, culto y pomposo; la versificación robusta y sonora, y en muchas partes de la composición hay rastros de talento poético, echado a perder por el mal gusto de la época. Se ve que tuvo presente a Cristóbal de Mesa, así como Southey declara haberse valido de uno y otro. Creo que Salduña fuese el primero que llamó a la hermana de Pelayo *Hormesinda*, nombre generalmente adoptado por los trágicos posteriores.

A nuestro siglo pertenecen los bellos fragmentos del *Pelayo*, de Espronceda, primicias de un gran poeta que no había roto aún los andadores del colegio, pero que en estos primeros vuelos mostraba ya la pujanza de sus alas. Don Alberto Lista, para quien siempre fué Espronceda el predilecto entre sus discípulos, trazó el plan de este poema, y aun contribuye a él con algunas octavas. [1] Entre las de Espronceda las hay tales, que por sí solas pueden ser admiradas como torso de gallardísima aunque mutilada escultura; así, por ejemplo, las que forman el cuadro dantesco del hambre.

Después de tan memorable ensayo, parece casi irreverencia citar el *Pelayo*, poema épico de D. Domingo Ruiz de la Vega, en 27 cantos de 700 a 800 endecasílabos sueltos cada uno (1840), enorme composición que prestó ancho campo a la crítica burlesca de su tiempo, aunque el autor no la mereciese ciertamente, ni por su buena fe literaria, ni por sus conocimientos nada vulgares en letras humanas. Pero había algo de candoroso en el intento, y hubo más en la ejecución, que resulta pesadísima, por lo [p. 86] mismo que el autor se aplicó con toda atención y prolijidad (según él mismo advierte) al estudio de «todos los objetos y relaciones tocantes a las gentes que habían de intervenir en la acción, sus respectivos orígenes y genealogías, su carácter, temperamento y estado de cultura, su historia, tradiciones y fábulas; su religión, ritos y supersticiones; sus trajes, armas y modo de hacer la guerra; sus usos, estilos y costumbres; el clima y geografía de sus países; sus eras y cronología; en una palabra, todo lo que alcanzó a entender que conduciría al más cabal conocimiento de las naciones contendientes, en la mayor variedad posible de pormenores». Un programa semejante de enciclopedia poética se había propuesto el conde de Noroña en su *Ommiada*, y había fracasado en él, aunque era más poeta que el Sr. Ruiz de la Vega.

La tragedia neoclásica del siglo pasado, que lejos de esquivar los temas nacionales los trataba con predilección, se ejerció repetidas veces sobre el fabuloso argumento de los amores de Munuza y la hermana de Pelayo. Rompió el fuego D. Nicolás Fernández de Moratín con su *Hormesinda* (1770), que logró tibio éxito en la representación y no le ha tenido mayor en la lectura. Era Moratín, el padre, ingenio más lírico que dramático; pero, en suma, ingenio muy español, como lo prueban sus romances y sus quintillas, y quizá hubiera salido airoso de su empresa tratando el asunto dentro de las

formas de nuestra antigua comedia heroica; pero no acertó a encajarle en el molde de la tragedia francesa sino merced a una intriga pueril e inverosímil, y sólo pudo mostrar su talento de estilo en algunos accesorios nada dramáticos, por ejemplo, el relato de la batalla del Guadalete, en que hay felices imitaciones de la *Eneida*. Mejor concertada en el plan y más estudiada en los caracteres, pero mucho más desmayada en el estilo, es la tragedia que Jovellanos llama *Pelayo*, y que con el título de *Munuza* corrió en ediciones sueltas, pasatiempo de las mocedades del gran polígrafo, y que sólo a su nombre debe hoy la honra de figurar en la colección de sus escritos, porque de tan claros varones no debe perderse ni aun el rasguño más insignificante. Así la tragedia del padre de Moratín, como la de [p. 87] Jovellanos, fueron fácilmente eclipsadas por el *Pelayo*, de Quintana (1805), que si no las vence mucho en condiciones propiamente dramáticas, las lleva incalculable ventaja en el color poético, en la amplificación elocuente de ideas siempre gratas a un auditorio español; en la efusión lírica, que la convierte en una oda más entre las inmortales odas patrióticas de su autor. Fué al mismo tiempo una pieza política de circunstancias, una especie de discurso tribunicio, que los súbditos de Carlos IV y de María Luisa se veían reducidos a escuchar en el teatro, ya que no podían oírle ni en la plaza pública ni en una asamblea deliberante. La lección hizo su efecto en 1805, y aun hoy mismo nos parece elocuente, y vino de seguro a despertar energías dormidas en el pecho de los que habían de ser después los vencedores de Bailén y los defensores de Zaragoza. Obra artística que tales victorias gana, asegurada tiene la inmortalidad con esto sólo, aunque la falte absolutamente color local y sello de época, aunque los personajes no tengan individualidad ni carácter propio, aunque la misma grandilocuencia de la dicción pertenezca más a la oratoria política que al teatro. [1]

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 30]. [1]. Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen âge*. Leyden, 1881. (Tercera y definitiva edición: la primera es de 1849.) La primera monografía del tomo I versa sobre la conquista de España por los árabes.

E. Lafuente Alcántara, *Ajbar-Machmuâ, (Colección de Tradiciones): crónica anónima del siglo XI, dada a luz por primera vez, traducida y anotada...* (Es el primer tomo, y hasta la fecha único, de la *Colección de obras arábicas de historia y geografía que publica la Real Academia de la Historia*.) Madrid, 1867.

Milá y Fontanals, *De la poesía heroico-popular castellana*. Barcelona, 1874, páginas 107-129.

Fernández-Guerra (D. Aureliano), *Caída y ruina del imperio visigótico español. Primer drama que los representó en nuestro teatro*. Madrid, 1883.

Tailhan (R. P. J... S. J.), *L'Anonyme de Cordoue. Chronique rimée des derniers rois de Tolède et de la conquête de l'Espagne par les arabes, editée et annotée...* París, 1885.

Saavedra (D. Eduardo), *Estudio sobre la invasión de los árabes en España...* Madrid, 1892.

[p. 32]. [1]. Ibn Abd-el-Hakem, *History of the conquest of Spain*. Gottinga, 1858.

[p. 32]. [2] . En los apéndices a su edición del *Ajbar-Machmuâ* , pág. 208 y siguientes.

[p. 33]. [1] . En uno de los apéndices a su traducción inglesa de Al-Makkari, *The history of the mohammedan dynasties in Spain...* Translated by Pascual de Gayangos... London, 1840. Tomo I. Appendix D.

[p. 35]. [1] . *Historias de Al-Andalus, por Aben Adhari, de Marruecos, traducidas directamente al castellano* por el Dr. D. Francisco Fernández y González. Granada, 1862. Tomo I, único publicado. El texto Árabe de esta Crónica había sido impreso en Leyden, por Dozy, 1848-1851.

[p. 37]. [1] . Esta versión debía de correr entre los árabes antes de Aben-Jaldún, puesto que San Pedro Pascual, obispo de Jaén, que escribía antes de 1300, cautivo en Granada, su *Libro contra la seta de Mahomath*, atribuye al rey Witiza la ofensa hecha a la hija del conde *Doyllaire o Don Illane* . Y no puede dudarse que sus noticias sobre la conquista son de procedencia arábiga, puesto que narra la estratagema de los infieles, fingiéndose antropófagos para aterrar a los cristianos, especie que se halla en Abdelháquem y otros.

[p. 38]. [1] . *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis* (en el tomo VIII de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1850).

[p. 39]. [1] . Otros códices dicen *de la Sigonera*.

En un ingenioso estudio sobre *La Penitencia del rey Don Rodrigo* (*Revista crítica de Historia y Literatura españolas*, enero de 1897), opina D. Ramón Menéndez Pidal que de la negligencia o discordancia de los copistas de la *Crónica del moro Rasis* nació la fábula de la penitencia de Don Rodrigo, monstruosamente amplificada luego por Pedro del Corral. En algunos manuscritos del Rasis, al transcribir este pasaje: «*Mas quenta Amar, fijo de... que quando en el alcance yva en pos de los cristianos, que quando se tornaba, que viera yacer una calzadura que bien asmava que era suya por la nobleza que en ella vió, ca por lo que él ovo de aquella calzadura fué rico e abondado toda su vyda, e fue señor de villas e castillos*», en vez de *calzadura* se escribió *huesa*, dando lugar al equivoco de que la palabra se tomase por sinónimo de *sepulcro*. Lo de *abondado en villas y castillos*, que en la Crónica del moro se dice de Amar, fué entendido por algunos del propio Don Rodrigo, dando esto margen a la opinión que le supone reinando en alguna parte después de su derrota. Y, finalmente (y es la equivocación más curiosa), en algunos manuscritos de la Crónica, en vez de «*fué fallado un sepulcro en Viseo*», se escribió: «*fué fallado un sepulcro en que visco*» (vivió), lo cual bastó para engendrar en la novelesca fantasía de Pedro del Corral el cuento absurdo del enterramiento de Don Rodrigo en vida. Creemos muy atinada y plausible esta interpretación.

[p. 40]. [1] . Saavedra, *Estudio*, etc., páginas 145-154.

[p. 40]. [2] . *De Rege quoque eodem Roderico nulli causa interitus ejus cognita manet usque in præsentem diem*.

[p. 40]. [3] . *Re Ruderico rege nulli cognita manet causa interitus ejus: rudis namque nostris*

temporibus, cum Viseo civitas et suburbana ejus a nobis populata essent, in quadam Basilica monumentum est inventum ubi desuper epitaphium sculptum sic dicit: Hic requiescit, etc. (España Sagrada, XIII, 478).

[p. 40]. [4] . Tomo XVII de la *España Sagrada* (segunda edición), pág. 270.

[p. 41]. [1] . En el tomo IV de la *Hispania Illustrata*, fol. 70.

[p. 42]. [1] . *Comes Spathariorum*, esto es, de los *espatarios* , o guardias armados de espadas, es lo que dice el arzobispo D. Rodrigo.

[p. 42]. [2] . *Gelzirat alhadra* en el texto del Arzobispo.

[p. 43]. [1] . *Insignia* es la expresión que usa D. Rodrigo.

[p. 44]. [1] . La edición que tengo es de Sevilla, 1527. Anteriores a ésta hay las de 1511 y 1522, también sevillanas; y posteriores, la de Valladolid, 1527; Toledo, 1549; Alcalá de Henares, 1587, y Sevilla, del mismo año.

[p. 48]. [1] . Año II, cap. XVIII. Sigo el texto de Llaguno.

[p. 50]. [1] . Es el germen más remoto de la tradición, que luego veremos desarrollarse hasta llegar a *El puñal del Godo*. El falso conde D. Julián saca su propia espada y se la entrega al Rey para que por su mano tome venganza de su traición. «E el falso Conde, como llegó a él, fizo su reverencia, y el Rey como lo vido fué muy espantado, ca lo conoció bien: empero estuvo quedo. Y el falso Conde se llegó a él: e provóle de le besar la mano, y el Rey no se la quiso dar, ni se levantó de su oratorio, y el falso Conde, las rodillas fincadas en el suelo ante el Rey, díxole: «Señor, como yo sea aquel que te haya errado de aquella manera que hombre traydor a su señor erró..., e como nuestro Señor Dios es poderoso ovo piedad de la mi ánima e no quiso que yo me perdiesse, ni que España fuesse destruyda: ni tú, Señor, abaxado de la tu grand honra y estado ni del tu gran señorío que en España tienes, háme mostrado por revelación como estavas aquí en esta hermita faziendo tan gran penitencia de tus pecados. Porque te digo que fagas justicia de mí, e tomes de mí venganza a tu voluntad como de aquel que te lo merece, cá ya te conozco que eres mi Señor...» E sacó entonces el conde don Julián su espada e dávala al Rey, e díxole: «Señor, toma esta mi espada, e con tu mano misma faz de mí justicia, e toma de mí la tu venganza qual quisieres: ca yo la sufriré con mucha paciencia, pues que te erré.» Y el Rey fué muy turbado de la su vista, e assimismo de las sus palabras... Y el falso conde don Julián le dixo: «Señor, ¿no tornas sobre la sancta fe de Jesu Christo, que del todo se va a perder? levántate, y defiéndela: que muy gran poder te traygo, y servirás a Dios e cobrarás la honra que tenías perdida: levántate e anda acá, e ha duelo de la mezquina de España que se va a perder, e adolécete de tantas gentes como peresen por mengua de no tener señor que las defienda.» Y el conde don Julián le decía todas estas palabras por lo engañar: el diablo que avía tomado la su forma era, que no el Conde. Mas el Rey no se pudo detener que le non dixesse: «Conde, id vos y defended la tierra con essa gente que tenedes, assi como la fuistes a perder por la vuestra tan grandíssima trayción que a Dios et a mí fezistes. E assi como traxistes los moros enemigos de Dios e de su sancta fe, e los metistes por

España, así los lanzad fuera della y la defended: que yo no vos mataré ni vos ayudaré a ello, y dexadme a mí: ca yo no soy para el mundo, que aquí quiero facer penitencia de mis pecados: e no me movades más con estas razones.» Y el falso del conde don Julián se levantó y se fué a la gran compañía que avía traydo: e tráxolos todos antel Rey. Y el Rey, como vido aquella gran compañía de cavalleros, vido entrellos algunos que él bien pensava que eran muertos en la batalla. E dixéronle todos a muy altas voces: «Señor, ¿a quién nos mandas que tomemos por Rey nuestro señor e por señor que nos ampare y nos defienda, pues que tú no quieres defender la tierra ni yrte con nosotros?... Cata, señor, que no es servicio de Dios que dexes perecer tanta christiandad como de cada día se pierde por tú estar aquí tan solo y apartado como estás...» Y el Rey quando oyó estas palabras fué movido a piedad, e viniéronle las lágrimas a los ojos, que las no podía tener: y estava de tal manera tornado, que el seso se le avía fallecido, et callava, et no respondía cosa ninguna que le dixessen. E todas estas campañas que lo veyan quexávanse muy mucho, e davan muy grandes voces e fazían muy grandes ruydos e clamores... Y el Rey en todo esto no fazía sino llorar, e nunca les fabló cosa ninguna.» (Cap. CCL de la segunda parte.)

[p. 51]. [1] . La génesis de esta fábula ha sido expuesta con mucha agudeza por el Sr. Menéndez Pidal en el artículo ya citado. Nació de una mala inteligencia o mala copia del texto del moro Rassis, y fué desarrollada por Pedro del Corral con todos los lugares comunes de la leyenda del enterrado en vida, que ya aparece en el *Edda* escandinavo, donde Gunar es arrojado por orden de Atila a una fosa llena de serpientes, una de las cuales le muerde el corazón. Pero la fuente inmediata de Pedro del Corral parece haber sido un libro de ejemplos piadosos, de Los que tanto abundan en las literaturas de la Edad Media.

[p. 53]. [1] . No con todos ellos, pero sí con los más conocidos, formó Abel Hugo (hermano de Víctor) su *Romancero e historia del rey de España D. Rodrigo, postrero rey de los godos, en lenguaje antiguo...* París, Boucher, 1821.

[p. 53]. [2] . A pesar de su origen erudito, la penitencia del Rey Don Rodrigo es uno de los pocos temas históricos que hoy mismo persisten en la tradición oral. Dos romances se han recogido en Asturias sobre este argumento, y pueden leerse uno y otro en el libro de D. Juan Menéndez Pidal, *Poesía popular. Colección de viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyzas y filandones* (Madrid, 1885). Ni en uno ni en otro se nombra al Rey Don Rodrigo, pero la leyenda es la misma, como puede juzgarse por los siguientes versos de la segunda variante, que es más completa, y que, como se verá, tiene versos comunes con el núm. 606 de la colección de Durán, lo cual es indicio de origen común y relativa antigüedad. El romance asturiano conserva detalles de la *Crónica de D. Rodrigo* que faltan en en el impreso, como el tañarse las campanas por sí solas:

Allá arriba en alta sierra,—alta sierra montesina,
Donde cae la nieve a copos,—y el agua menuda y fría,
Habitaba un ermitaño—que vida santa facía...

«Confiésemel el ermitaño,—por Dios y Santa María,
Y démel de penitencia—conforme la merecía.»

«Confesar, confesaréte,—absolverte no podía.»

Estando n'estas razones,—se oyó una voz que decía:

«Confiésalo el ermitaño,—por Dios y Santa María,

Y dale de penitencia—conforme lo merecía...»
Metiéralo en una tumba—donde una serpiente había
Que daba espanto de verla;—siete cabezas tenía:
Por todas las siete come,—por todas las siete oía.
El ermitaño era bueno,—y a verlo va cada día.
«¿Cómo te va, penitente,—con tu buena compañía?»
«¡Cómo quieres que me vaya,—pues que así lo merecía!
De la cinta para abajo,—ya comido me tenía;
De la cinta para arriba,—luego me comenzaría:
El que quiera ver mi muerte,—traiga una luz encendida.»
Cuando llega con la luz,—ya el penitente moría.
Las campanas de la gloria,—ellas de sou se tangían
por l'alma del penitente,—que pra los cielos camina.

[p. 55]. [1] . No pára aquí el epistolario de la Cava (*), que se convirtió en un tema retórico. Miguel de Luna hilvanó otra carta, cuyo texto daré después; otra distinta de todas las anteriores trae Saavedra Fajardo en su *Corona gótica* , y, finalmente, hay una en verso del coronel D. José Cadalso, en el estilo de Las *Heroídas*, de Ovidio.

(*) Cartas escribe la Cava,
la Cava las escribía...

es el principio de un romance antiguo

[p. 55]. [2] . Reimpreso y ampliamente ilustrado por D. Aureliano Fernández Guerra en su erudito libro *Caída y ruina del imperio visigótico español*. La obra parece compuesta en el primer tercio del siglo XVI, al cual pertenecen las demás que conocemos del bachiller Palau. El Sr. Fernández Guerra fija el texto con ayuda de un antiguo manuscrito y de una edición muy tardía, de Barcelona, por Sebastián de Cormellas, 1637, cuyo único ejemplar conocido pára hoy en la Biblioteca de la Academia Española.

[p. 56]. [1] . *La verdadera hystoria del rey Don Rodrigo en la qual se trata la causa principal de la pérdida de España y la conquista que della hizo Miramolin Almanzor, Rey que fué del África y de las Arabias. Compuesta por el sabio Alcayde Abulcacim Tarif Abentariq, de nación árabe, y natural de la Arabia Petrea. Nuevamente traduzida de la lengua arábica por Miguel de Luna, vezino de Granada, e intérprete del rey Don Phelippe nuestro señor. Impresa por René Rabut: año de 1592, 4.º* Hay por lo menos nueve ediciones de este libro, que todavía es muy vulgar en España.

[p. 58]. [1] . Creo que el primer crítico que negó el cuento de la Cava fué Pedro Mantuano en sus *Advertencias a la Historia del P. Mariana* (Milán, 1611), pág. 98: «*Probaré como no hubo Cava, y quién fué la causa de la destrucción de Hespaña* (la traición de los hijos de Vitiza)». Del capítulo del P. Mariana dice que «*parece sacado de algún libro de Caballerías*».

[p. 59]. [1] . «Quanto a lo segundo de que en Málaga hay una puerta que se llama la Cava, por haber salido por allí a embarcarse la Cava; la verdad desto es que hay tres puertas juntas una de otra, que eran de un atarazanal de los Moros, delante de las quales estava una cava o fosso. Y assí las llamavan las puertas de la Cava. Y por otro nombre las llaman oy la Puerta escura, por estar tapiadas; haviéndosele caydo el techo y las bóvedas al tarazanal cuyas eran. Y por esso se incorporaron en el Alcazaba: dexando sólo un postigo abierto, por donde baxan de la fortaleza de la Alcazaba a la mar: del qual a la agua deve de haver distancia aun no de cinquenta passos. Y que estas puertas no fuessen en tiempo de la Cava, échase de ver del edificio dellas, por ser edificio de Moros, siendo la fábrica de ladrillo y el frontispicio de la puerta mayor, que oy llaman puerta escura o de la Cava, ser hecho de arquitos de ladrillo, y para más hermosearla tiene lo alto del arco principal, todo lo que coge la anchura dél, de azulejos blancos y negros, de colores tan vivos que con haber tanto tiempo que se hicieron y estar en frente de la mar, el salitre no las ha gastado, sino que parece que agora se han acabado de hazer. Y que sea edificio de Moros, dícelo Mármol en el lib. 2 de la África, año de mil y dozientos y setenta y nueve.

.....

»También dizen que está enterrada la Cava en la ciudad de Tiguident en África. La razón desto es que esta ciudad es la antigua Cesárea: y entre los edificios de los templos antiguos, donde se hazían sacrificios a los ídolos, hay uno en el qual está un cimborrio muy alto, que los Moros llaman *Cobor Rumia*, que quiere dezir sepulcro o enterramiento christiano; y los Christianos mal Arábigos le llaman *Cava Rumia* , y dizen fabulosamente que está allí enterrada la Cava hija del Conde Don Julián... Esto es de Mármol, lib. V del *Reyno de Tremezen*. cap. XLIII.» (Pedro Mantuano, *Advertencias a la Historia del P. Mariana*, páginas 98-104.)

[p. 60]. [1] . Sobre el paradero de los traidores que fueron causa de la pérdida de España, había consignado el arcipreste Diego Rodríguez de Almela las siguientes tradiciones en su *Valerio de Las Historias* (lib. VIII, tít. IV, cap. III):

«Grandes tormentos padesció el Obispo Don Orpas, falso christiano, que por sus falsas predicaciones engañó a muchos christianos que se tornaron moros, y les entregaron muchas villas y castillos quando tomaron a España: estos tormentos padesció en fuertes cárceles, puesto en ellas por el Rey Don Pelayo, y en ellas murió. No menos fué atormentada la Condesa, mujer del Conde Don Julián, que fué causadora en la trayción que su marido fizo al Rey Don Rodrigo, que los Moros le dieron el galardón que merecía por los aver fecho cobrar a España, ca la hicieron apedrear a los christianos que tenían captivos en Ceuta su ciudad, y despeñaron de una torre a un su fijo.»

En el lib. IX, tít. VI, cap. VI, añade que el mismo Conde «en un castillo de Aragón miserablemente murió. Y assí mesmo murieron malas muertes los dos traydores caudillos (los hijos de Vitiza, o como dice Almela, *Betisa*), que se dieron a huír de la hueste del Rey Don Rodrigo. Grande fué la trayción de este Conde Don Julián; ser traydor a su Señor: ca puesto que el Rey oviesse fecho con la Caba su fija, fornicación, ni por tanto debiera ser tan traydor, que fué ocasión porque fué perdida España y la cobraron los Moros».

[p. 62]. [1] . Los dos versos 37 y 38, columna segunda, pág. 107, que están muy estropeados en las

ediciones de esta comedia, creo que deben leerse de este modo:

¡Un sacrílego pecho que en despojos
Dará a las aves de Aquerón sus ojos!

[p. 63]. [1] . «*Ipsa Muza præfecturam agente Pelagius filius suprafati ducis Fafilæ Spatarius Regis Roderici dominatione Ismaelitarum oppressus, cum propria sorore est ingressus. Muza vero videns illius pulchram, accensus libidine, dolosè quasi legationis causa Pelagium Cordubam misit, et eo absente sororem ipsius sibi sociavit. Sed Pelagius ut erat vir fortis et catholicus, postquam rediit, nullatenus consensit in illicito matrimonio.*» (Crónica del Tudense.)

«*Erat enim in regione Gegionis, jam Sarracenis subdita, qui et in montanis aliqua loca occuparunt, præfectus quidam Munuza nomine. Christianus quidem sed Arabibus fæderatus, qui captus pulchritudine sororis Pelagii, cum eo amicitias simulavit, et fingens causam legationis, Pelagium misit Cordubam, quæ olim Patricia, tunc erat Arabibus sedes Regni. Eo misso, procurante quodam liberto, sibi sororem Pelagii copulavit, sed postquam Pelagius rediit, facinus noluit tolerare, et resumpta sorore, licet dissimulans, in Asturiis se recepit non minus magnanimus quam sollicitus, liberationem patriæ adhuc sperans. Munuza autem pro ablatione conjugis reputans se contemptum, Taric Principi nuntiavit, jam manifeste Pelagium rebellare. Qui missis militibus præcepit Munuzæ, ut Pelagium caperet, et Cordubam destinaret. Cumque milites ad Asturias pervenissent, voluerut Pelagium dolo composito retinere, sed consilio per quemdam amicum in vico qui Urete dicitur (en otros textos Brete y Frete), Pelagio revelato quia non poterat armis resistere, ad oppositam ripam Piomiæ fluminis, equo insidens, pernatavit, et quia fluvius inundabat, Sarraceni persequi cessaverunt, et ad vallem quæ Canicæ, dicitur, solus venit...» (Así el arzobispo D. Rodrigo, *De rebus Hispaniæ*, lib. IV, cap. I.)*

Don José Caveda, en su apreciable *Examen crítico de la restauración de la monarquía visigoda en el siglo VIII* (*Memorias de la Academia de la Historia*, tomo IX), fija con acierto el origen de esta leyenda; pero se equivoca, a mi juicio, identificando ambos Munuzas. Tampoco hay motivo para creer que diese tema a cantares de gesta ni a romances. No pasó nunca de las historias eruditas.

[p. 66]. [1] . En el libro VI de la *Jerusalem conquistada* (1609) volvió Lope a intercalar el episodio de Don Rodrigo y la Cava en el modo y forma que veremos cuando llegue su turno, en nuestra colección, a ese poema. Al Rey Vitiza le llama siempre *Costa* (el *Acosta* del moro Rasis). Sobre el paradero final del último Rey goda, sólo indica lo siguiente:

Dicen que el Rey con un pastor al fuego
Pasó la noche, y sin hacerse salva,
Cenó su pan, y que le dió sosiego
Cama de campo de tomillo y malva;
Y que de sangre, polvo y llanto ciego,
Al primero crepúsculo del alba
Tomó una senda, y a morir sujeto,
Corrido de su fin murió en secreto.
¡Horrible caso, prodigiosa guerra,

Que a quien sobra tanto mundo vivo,
Muerto no hallase siete pies de tierra
En que dejar el cuerpo fugitivo!
¡Quanto el juycio de los hombres yerra,
Y quanto puede el hado ejecutivo!
¿Quién hay que ignore a donde fué su Oriente?
Mas ¿quién sabrá su fin y su Occidente?

Y luego tiene la extraña ocurrencia de parafrasear en dos octaves *latinas* el epitafio de Viseo:

Hic jacet in sarcophago Rex ille
Penultimus gothorum in Hispania...
Execrabilem comitem Julianum
Abhorreant omnes...
Ceset Florindæ nomen insuave,
Cava viator est, à Cava cave.

[p. 67]. [1] . «*Don Rodrico querie moito a o conde Don Julião, e a la condiesa Fandina, que era moito fermosa. E don Rodrico facía pecado co ela e a tinha a mandar. E o proprio con unha Filha sua chamada Cava Florinda, que era de estreimada fermosura. E o Rey a persuadeu a seu amor. E non contento o que tinha com a may se deytou co ela, e fez ne la un filho que se criou em Evora de Lusitania, chamado Alterico.*» (*Historia de D. Servando...*, apud Godoy Alcántara, *Historia de los falsos cronicones*, pág. 287).

De este seudo cronicón hicieron bastante uso los historiadores de Galicia y Asturias. Véase entre los primeros al P. Gándara, y entre los segundos al laborioso y crédulo genealogista Trelles y Villademoros, que todavía en 1736, fecha del primer tomo de su *Asturias ilustrada*, tiene la candidez de apoyarse en el testimonio del «confesor de Don Pelayo», no menos que en el de Abentarique. Mayores delirios contienen todavía *El Fénix católico D. Pelayo el Restaurador*, obra de D. José Micheli y Márquez (1648), y la *Gigia antigua y moderna*, de D. Gregorio Menéndez Valdés, que afortunadamente no llegó a imprimirse.

[p. 70]. [1] . Este pasaje es uno de los muchos que faltan en la mutilada edición de Llaguno, pero se halla en los dos códices que conocemos de esta obra, y puede leerse también en la traducción francesa de Circourt y Puymaigre (*Le Viatorial...*, *traduit de l'espagnol d'après le manuscrit*. París, V. Palmé, 1867, pág. 41).

[p. 71]. [1] . Véase este trozo de la escena en que Don Rodrigo requiebra a la Cava:

RODERICUS

Formosa Caba, dulce cordolium meum
Et dulce vulnus, luce quam gemina magis
Animæ, et medullis spiritus flagrans amat.

.....

Miserere amantis. Sola tu Regem potes
Beare, corde sola quæ regnas meo.
Caba! Oh voluptas unica! Oh domina! Oh dea!
Succurre tandem. Tange formosa manu
Quod penitus animæ vulnus infixi meæ.
. Morior, et rides quoque
Crudelis?

. Amorem quæris? Hic presens adest,
Hoc flexili auro capiti insidias struit,
Florinda, amanti frontis hoc campo meam
Venator animam cautus intricat plagis.
Sunt arcus ista cilia, sunt pharetra, et faces
Hæc quæ serenis purius stellis micant
Formosa ocelli lumina, et sidus meum.
Hæc nix decora, quæque purpureis rosis
Et lacte puro dulcè miscentur genæ,
Sunt ver Amoris, grataque Idaliis magis
Tempe rosetis: languidus somno puer
Hic delicatum mollis declinat caput,
Hæc labra primæ purpuræ, et mel, et favus,
Et lingua stillans nectare, archivum est Jocis,
Charitum et leporis regia
Nescisn' amorem, Virgo, nec sentis facem
Quæ tota flamma est? Ipsa tu Caba, es Amor...

.
Ubique et omnia est, Numen immensum et potens
Solo, axe, terris. Quidquid hic gyros poli
Gemmatum ambit, quidquid omniparens favet
Natura, Amori cedit invicto nimis,
Coelum ardet, ardent sidera atque æther vagum,
Et ignis ingens parvula accensus face,
Flammæ nec expers unda, non iners solum,
Volucres, natantes, arbores, fontes, feræ.
Amans Aëidon suaviter sylvis strepit,
Minuitque opacis dulce murmurium comis
Ciens amicam, aut dissipans suspiriis
Angustiati corculi ægrimoniam.
Sic orba turtur conjugis viduos thoros
Gemitu lacessit. Quæritur Armenius leo,
Ardensque fremitu terret adtonitum nemus.
Te coluber amat, et dispari accensus rogo,
Muræna paribus pectus exardet notis,
Agilisque luci deserens sylvas adest
Immensa sinuans terga, nec pavet fretum,
Spirisque amores littori inscribit suos.
Scopuli è propinqua caute blandi ias rudes

Pellacis ipsa sibili admittens, faves
Dilecta Amanti mitis: adcurris quoque,
Placidumque ab undis exeris summis caput.

.....
Nil nempe Amori arduum est: in fluctu rogos,
Interque rapidos suscitatur nimbos...

FLORINDA

Hic prope est liquor
Interque violas rivulus strepit fugat.
Extingue flammam, murmurat etiam tuos
Hæc lympha amores...

(R. Fr. Emmanuelis Rodriguez Ord. Erem. S. Augustini, S. Th. Baccal. Epigrammaton liber primus. Tragediæ duo. Herodes sæviens. Rodericus fatalis. Antuerpiæ, apud Cornelium Woons, in Foro Lactario sub signo Stelhæ Aureæ. Anno 1645. Cada una de las tragedias tiene paginación separada.)

[p. 74]. [1] . No he querido traer a colación el famoso fragmento en octavas de arte mayor de un supuesto poeta portugués sobre la pérdida de España, porque nadie cree ya en la autenticidad de tal fragmento, ni mucho menos en la disparatada antigüedad que le asignó Manuel de Faria y Sousa, suponiéndole nada menos que coetáneo de la conquista.

[p. 74]. [2] . *El Rodrigo. Romance épico. Por D. Pedro Montengon. En Madrid: en casa de Sancha. Año de 1793*, 4.º La palabra *romance*, en el sentido de novela larga, es aquí un italianismo más bien que un galicismo.

El mismo Montengón, aprovechando en parte el texto de su novela, compuso luego un infeliz poema en verso suelto, que lleva por título: *La pérdida de España reparada por el rei Pelayo. Poema épico de don Pedro Montengon Napoli, presso Gio. Battista Settembre, 1820*, 4.º Empieza con estos desafortunados versos, que pueden dar idea de los restantes.

La lamentable pérdida de España
Y destrucción del reino de los godos
Quiero entregar a la armonía del verso.
Meonio-ibero, si el señor del Pindo
Da salida a mi intento, y si en mi pecho
Fortalece el acento, enardecido
Del estro y son sublime de su plectro.

[p. 75]. [1] . Del poema de Walter Scott hay una traducción en verso castellano, apreciable, aunque poco fiel, porque el traductor alteró todo lo que podía disonar a oídos católicos y españoles en lo que el poeta inglés dice de la Inquisición y de la conquista de América. Visión de D. Rodrigo. Romance inglés de Sir Walter Scott (sic), traducido libremente en verso español por A. Tracia (anagrama de D. Agustín Aicart). Barcelona, en la imprenta de la Viuda e Hijos de Brusi. Año de 1829, 8.º

[p. 76]. [1] . *Roderick, the last of the Goths. By Robert Southey, Esq. Poet Laureate and Member of the Royal Spanish Academie... London, 1815, printed for Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, 1815; dos volúmenes.*

La *Ommiada*, del Conde de Noroña (1816), poema castellano sobre las aventuras de Abderramán I, fundador del emirato de Córdoba, parece, hasta por el metro, una imitación del *Roderick*.

[p. 77]. [1] . Algunos fragmentos del poema de Southey tradujo en verso don Antonio Alcalá Galiano en sus notas a la *Historia de España*, de Dunham. Véase como muestra el trozo de la elección de Pelayo:

Trajo el pavés Rodrigo, de tal peso,
Que ocho de alta estatura y fuerza enorme
Vinieron a tenerle: oficio honroso,
Puestos de pie y en torno del escudo,
Se bajan a las plantas del caudillo;
Éste sube, y aquéllos, en los hombros,
Lentamente levantan el gran peso.
Álzase erguido en el pavés, Pelayo,
Tres veces blande el reluciente acero,
Y Urbano grita a la apiñada turba:
«He ahí, españoles, vuestro Rey.» Entonces
Rompe el concurso en mil alegres vivas,
Gritando: «*Por el Rey.*» Tres veces suena
Por el aire el clamor, y otras tres veces
Las murallas de Cangas le repiten.
Ya tronando a lo lejos se dilata,
En las vecinas peñas retumbando
Y en los altos collados y hondos valles.
Espavorido al són, entre las breñas
Huye el asno silvestre y busca abrigo;
Medroso el lobo y agachado, corre
En busca de guarida más segura;
Despertado al estruendo el oso torpe,
Gruñe en la cueva con rüido ronco;
Y al ascender la voz a más altura,
El águila abandona sus polluelos
Y vuela altiva de su excelso nido.

(*Historia de España, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham...* Madrid, 1844. Tomo II, pág. 286.)

[p. 78]. [1] . *The Romance of History of Spain. By Don T. de Trueba.* (Lleva por epígrafe estas palabras de lord Byron: *Truth is strange, stranger than fiction.*) *In three volumes. London, 1830, tres tomos, 8.º*

Traducida al francés con el título de *L'Espagne Romantique*, por M. C. A. Defauconpret, y al castellano por D. Andrés T. Mangláez (Barcelona, 1840.)

[p. 80]. [1] . Barcelona, 1880, t. I, pág. 90 y siguientes.

[p. 82]. [1] . Es el episodio, enteramente histórico, de las monjas de Nuestra Señora del Valle, junto a Écija; pero Herculano le transporta al reino de León.

[p. 83]. [1] . Omitido en el *Romancero*, de Durán, aunque compiló casi todos los históricos que llegaron a su noticia.

Del mismo jaez que el de Carvallo será probablemente el *Romance de la elección del rey Don Pelayo*, impreso en Alcalá, 1607, con otros dos de su autor, Diego Suárez, soldado asturiano y vecino de la plaza de Orán (citados por el autor anónimo de la *Biblioteca Asturiana*, ¿el canónigo Posada?). Gallardo, tomo I, pág. 410.

[p. 83]. [2] . Impreso en Madrid, 1605, por Luis Sánchez.

[p. 83]. [3] . Madrid, 1607, por Juan de la Cuesta.

[p. 84]. [1] . Parte primera, Lisboa, en la officina de Pedro Crasbeeck, 1618. Parte segunda, póstuma, sacada a luz por su hija doña María Clara de Meneses; Lisboa, en la officina de Juan de la Costa, 1673. Este poema histórico debía alcanzar, en la intención de su autora, hasta la conquista de Granada; pero no llegó a escribir más que hasta el reinado de Alfonso el Sabio.

[p. 85]. [1] . Véase sobre este punto la curiosa, aunque no terminada, edición de las *Obras poéticas*, de Espronceda, impresa en Madrid en 1884.

A todos los poemas acerca de Pelayo citados en el texto, debe añadirse uno latino del jesuíta catalán Onofre Prat de Saba:

Pelajum sive Sceptrum Hispaniense divinitus servatum... canebat Onuphrius Prat de Saba, Sac. Hisp. Ferrariæ ex typographia Francisci Pomatelli , 1789.

En el prólogo ofrece otro poema sobre la batalla de Clavijo, *Ramirus sive Hispania ab infami tributo liberata.*

[\[p. 87\]](#). [\[1\]](#) . Hay en italiano una *Ormisinda, tragedia con alcune scene liriche* (Bologna, 1783), compuesta por el ex jesuíta español P. Manuel Lasala. Su argumento es el mismo que el de las tragedias castellanas antes citadas.

